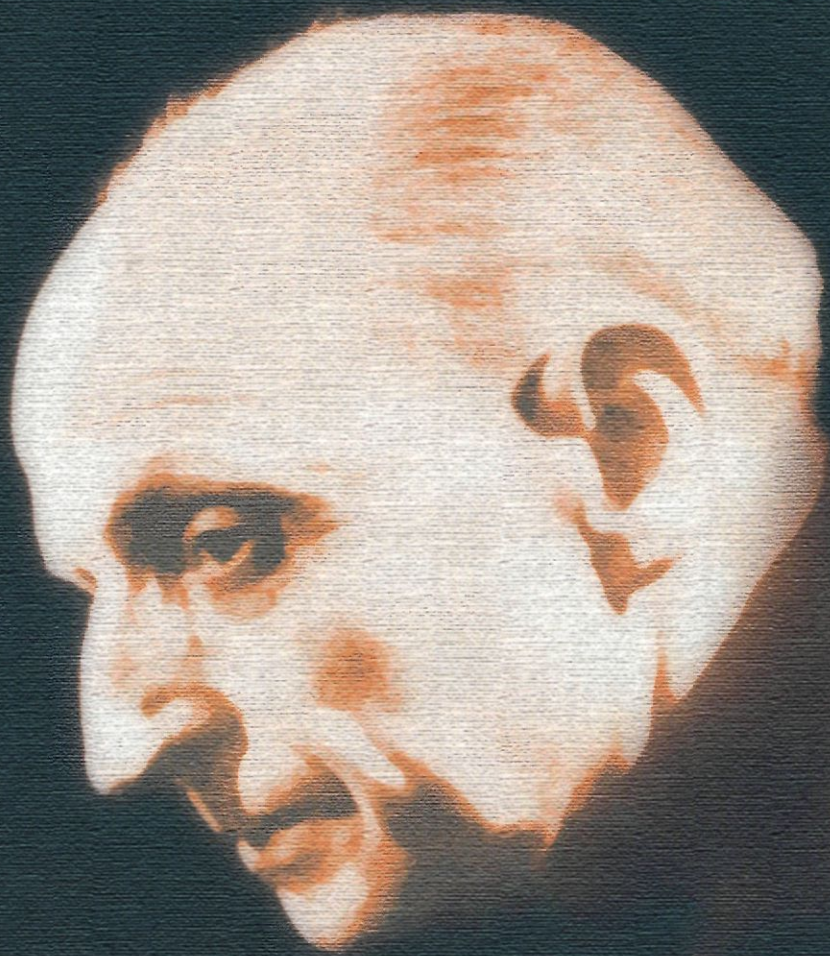


MARTIN MAIER, SJ



Pedro Arrupe

TESTIGO Y PROFETA

Sal Terrae

Colección «SERVIDORES Y TESTIGOS»

111

Martin Maier, SJ

Pedro Arrupe, testigo y profeta

Editorial SAL TERRAE

Santander – 2007

Título del original en alemán:
Pedro Arrupe – Zeuge und Prophet

© 2007 by Echter Verlag
97070 Würzburg
www.echter-verlag.de

Edición en español realizada con la mediación
de la Agencia Literaria Eulama

Traducción:
Ignacio Iglesias

Para la edición española:
© 2007 by Editorial Sal Terrae.
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198
Fax: 942 369 201
salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(arts. 270 y s. del Código Penal).

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 978-84-293-1728-2
Dep. Legal: BI-2766-07

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

Índice



<i>Prólogo</i>	9
1. Vida de Pedro Arrupe	13
2. Fe y Justicia	31
3. Inculturación	51
4. Conflictos	61
5. Universalidad	81
6. El corazón espiritual de Pedro Arrupe	95
<i>Bibliografía escogida</i>	107

Prólogo



CUANDO, el 22 de mayo de 1965, Pedro Arrupe fue elegido 28º General de la Compañía de Jesús, se llevó una sorpresa total. «*Y ahora ¿qué hago?*», fue su primera pregunta a José Oñate, su vecino de asiento, que le respondió con gran presencia de ánimo: «La cosa es bien clara: obediencia por última vez». Sin embargo, Oñate se engañó. Arrupe fue sometido por los Papas a difíciles pruebas de obediencia durante los 18 años de su generalato. Y en los diez años de su enfermedad, como consecuencia de un ataque de apoplejía, se cumplieron en él las palabras de Jesús que figuraban al pie de un cuadro de la crucifixión de Pedro en su cuarto de la enfermería: «Cuando eras joven, tú mismo te ceñías y podías ir adonde querías. Pero, cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras» (Jn 21,18).

Su biógrafo español, Pedro Miguel Lamet, calificó a Pedro Arrupe, que habría cumplido cien años en 2007, como «una explosión en la Iglesia». El vasco fue una de

las más importantes y conocidas personalidades del post-concilio. Aun después de su muerte, desplegó una gran fuerza inspiradora. Yo nunca tuve ocasión de conocerlo personalmente, pero, por medio de quienes lo conocieron bien y de sus escritos, me he hecho de él una viva imagen. Humanamente, tuvo que ser extraordinariamente atrayente y simpático. Con su desarmadora sonrisa pudo dominar las más difíciles situaciones. La fascinación que irradiaba su personalidad iba pareja con su credibilidad. Vivía lo que anunciaba. Predicaba el amor, como dice Ignacio de Loyola, más con las obras que con las palabras. Teoría y praxis se conjugaban armónicamente en él.

En mis conversaciones con amigos íntimos de Arrupe escuché casi siempre la misma frase: «Era un santo». Ya es una cierta ironía de la historia de la Iglesia el que otros, cuya santidad es más discutible que la de Arrupe, hayan sido elevados al «honor de los altares» antes que él, y en ocasiones con inusitada rapidez. En una conversación con Vincent O'Keefe, uno de sus más estrechos colaboradores y amigos, se me escapó decir: «Yo creo que la Compañía de Jesús todavía no ha entendido todo de lo que Dios quiso hacerle partícipe por medio de Pedro Arrupe». O'Keefe asintió expresivamente. En este volumen trataremos de seguir la pista a algunos de estos impulsos.

El Concilio Vaticano II pidió a las Órdenes religiosas una renovación acomodada a los tiempos, mediante una

vuelta al espíritu de sus orígenes. Arrupe, en su función de General de la Compañía, hizo de este objetivo su misión central. Con fidelidad creativa tradujo para hoy los principios más importantes de la espiritualidad ignaciana. Ignacio concibió como objetivo primordial de la Orden la «mayor gloria de Dios» y la «ayuda de las almas» conjuntamente, lo que para Arrupe se tradujo, como misión de la Orden en el mundo de hoy, en el «compromiso por la fe y la justicia». Fue el primero en introducir en la Iglesia el concepto de «inculturación», abriendo con él proféticamente caminos nuevos al encuentro de la fe cristiana con las diversas culturas. Durante su generalato tuvo lugar una de las más difíciles crisis entre la Compañía de Jesús y la Santa Sede. Con todo, dicha crisis tuvo su raíz más profunda en las discusiones postconciliares acerca de la correcta interpretación del Vaticano II; es decir, no fue un problema exclusivo de la Orden.

Arrupe era un ciudadano del mundo familiarizado con diversas culturas. Durante sus 27 años de misionero en Japón fue un gran constructor de puentes (o tendió muchos puentes) entre Oriente y Occidente. De mirada universal, puede considerarse precursor de la globalización. Mucho antes del movimiento ecológico, previó que un consumismo desenfrenado destruye los fundamentos naturales de la vida. Promovió una «civilización de la austeridad», reto que ha adquirido nueva actualidad hoy. El secreto de su persona residió en su profunda unión con

Jesucristo. Pudo hablar sobre Jesucristo y con Él con una vitalidad fascinante y contagiosa. Uno de sus más profundos pensamientos suena así: *«Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros»*.

Puede uno preguntarse si, entre tanto, el tiempo no ha arrollado a Arrupe y si no será una forma de nostalgia retornar a él. Algunos de sus textos pueden haber sido escritos con un optimismo y una exaltación que hoy ya no podemos compartir. También el ambiente de apertura que siguió al Concilio se ha difuminado. Sin embargo, Karl Rahner estimó en perspectiva histórica que el cambio del Concilio Vaticano II requeriría unos cien años. Si las últimas Congregaciones Generales intentaron hacer fructificar entre los jesuitas los impulsos del Concilio, el cambio requerirá aún su tiempo. Por eso domina, en la perspectiva de la 35ª Congregación General de la Orden a comienzos de 2008, la tendencia a no elaborar grandes documentos y decretos nuevos, sino a buscar caminos de conversión en lo que los anteriores encuentros de la Orden dijeron ya, y dijeron bien. En este sentido, merece la pena recordar a Pedro Arrupe, en quien no pocos ven al más importante General de la Compañía de Jesús desde Ignacio.

1

Vida de Pedro Arrupe



Infancia y estudios de Medicina

PEDRO Arrupe Gondra nace el 14 de noviembre de 1907 en Bilbao, el último de cinco hijos. Tiene cuatro hermanas. Su padre es arquitecto, y su madre es hija de un médico. Los dos profundamente creyentes. La familia pasa por acomodada. Pedro es, francamente, un niño vivaz y un extraordinario estudiante. Con once años se hace miembro de la Congregación Mariana, en cuya revista «Flores y Frutos» escribe Pedro Arrupe, en marzo de 1923, un breve artículo sobre Francisco Javier, Japón y las Misiones. Todavía no puede sospechar entonces que 15 años después habrá de seguir, como misionero, las huellas de Francisco Javier en Japón.

Ese mismo año empieza los estudios de medicina en Madrid. Pedro es un excelente estudiante. Ama extraor-

dinariamente la música. Va con frecuencia a la ópera. Con su hermosa voz de barítono cantará más tarde en ocasiones especiales, tanto durante su estancia como misionero en Japón como siendo ya General. Durante sus estudios de medicina vive una breve historia de amor con la hermana de un jesuita colombiano. Arrupe pudo acordarse de ella cuando más tarde, siendo ya General de la Orden, mencionó la experiencia de enamoramiento como una de las condiciones deseables en un joven que pretendiera hacerse jesuita.

Su amigo de estudios, Enrique Chacón, le invita a hacerse miembro de las Conferencias de San Vicente y a visitar familias pobres en los suburbios de Madrid. Por primera vez en su vida, toma contacto con la miseria social y las situaciones injustas. Él lo recuerda así: *«Aquello, lo confieso, fue un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y el abandono. Viudas cargadas de hijos, que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo; enfermos que mendigaban la caridad de una medicina, sin que ningún samaritano se la diese... Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos en su mayor parte y habitualmente hambrientos todos»*. Arrupe y Chacón, impresionados por esta necesidad, decidieron renunciar a sus visitas a la pastelería «La India» y hacer llegar a los pobres de Madrid el dinero así ahorrado.

Durante el tercer año de medicina, Arrupe entra en una crisis personal y se pregunta por el sentido y la orientación de su vida. Vive con profundo dolor la muerte de su padre y se convierte en cabeza de familia para sus cuatro hermanas. Poco después, emprende con ellas una peregrinación a Lourdes. Como estudiante de medicina, recibe un permiso especial para examinar a los enfermos. En julio de 1926 es testigo de tres curaciones extraordinarias: una religiosa paralítica empieza a caminar de nuevo al paso de la custodia; una mujer con cáncer de estómago en estado terminal se cura en tres días; un joven con parálisis infantil salta de su silla de ruedas en el momento de la bendición eucarística.

En una mirada retrospectiva, escribe Arrupe: *«Sentí a Dios tan cerca en sus milagros que me arrastró violentamente detrás de sí. Y lo vi tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarlo en esta voluntaria proximidad a los desechos del mundo, que la sociedad desprecia porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando bajo tanto dolor»*. No fueron ante todo las curaciones milagrosas las que tocaron el corazón de Arrupe, sino la cercanía de Dios a los que sufren y su manera de manifestarse en ellos. Como ya en el Evangelio, los milagros son signos del poder curativo de Dios en el mundo y de su especial amor a los pobres y a los marginados. En esto desearía Arrupe imitarlo.

Impresionado por la experiencia de Lourdes, madura su decisión de hacerse jesuita, cosa que es acogida negativamente en el ambiente anticlerical de la Universidad. Su profesor de medicina, Juan Negrín, que más tarde sería Presidente de la República española, califica como una gran pérdida para la medicina el que Arrupe abandonara su carrera de médico. Especialmente dura fue para sus hermanas su entrada en la Compañía de Jesús: *«Fueron momentos muy duros. Mucho lloraron, porque la separación era muy dura. Pero no tengo que reprocharles ni el menor esfuerzo por retenerme en contra de una voluntad que era claramente la de Dios»*. Está muy agradecido a sus hermanas por esto, ya que su dolor no había sido menor que el de ellas.

Entrada en la Compañía de Jesús

El 25 de enero de 1927 entró Pedro Arrupe en el noviciado que la provincia jesuítica de Castilla tenía en Loyola. Ya en el noviciado aparece un típico rasgo del carácter de Arrupe: liberal y abierto con los demás, pero muy exigente consigo mismo. En vez de la hora prescrita de oración, él hace dos cada día. Tiene un fino sentido del humor. Como General, escribe en 1973 a un maestro de novicios que su principal servicio consiste en enriquecer a sus novicios con la «forma Societatis», compartirla

con ellos y contagiársela, porque él mismo la vive. Sus primeros votos los hizo en diciembre de 1928.

En la siguiente fase de formación, el juniorado, fue Arrupe «bedel» (representante de los estudiantes jesuitas ante el Rector). Durante los Ejercicios de ocho días en su primer año de juniorado, despertó en él la llamada misionera. De pronto lo vio con toda claridad: Dios quería que él fuera a la misión de Japón. Antes nunca había pensado en ello. El Padre, que le acompaña, se lo confirma. Arrupe escribe una carta al General de la Orden, Wladimiro Ledóchowski, en Roma, con la petición de ser enviado a Japón. Sin embargo, tan sólo recibe una lacónica respuesta que no decía nada sobre el futuro. Un año después, escribe una nueva carta y recibe la misma contestación. Arrupe queda profundamente decepcionado; más tarde, siendo ya General, dirá que él habría reaccionado lo mismo ante una carta semejante de un joven jesuita. Una vocación misionera debe ser probada. El consuelo le vino del Padre Ibero, Rector de Loyola, que le profetizó: «No te preocupes, hombre, Perico; tu irás a Japón».

En 1931 inicia Arrupe sus estudios de Filosofía en el Colegio Máximo de Oña (Burgos), donde recibe el regalo de importantes experiencias espirituales. En un claustro del Colegio escucha una misteriosa voz: «Tu serás el primero». Entonces experimenta una gran luz interior, por la que todo le parece nuevo. Lo cual recuerda la experiencia de «ilustración» que vivió Ignacio en Manresa,

junto al río Cardoner. En su autobiografía, el «Relato del peregrino», describe Ignacio esta experiencia: *«una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo se llama San Pablo, y el camino va junto al río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas»*. No era una visión objetiva la regalada a Ignacio, sino una nueva luz bajo la que se le manifestaron todas las cosas. Como la que corresponde a la experiencia de ilustración que describe Arrupe.

La situación política española condujo en 1932 a la expulsión y disolución de la Compañía de Jesús. Los jóvenes jesuitas deberían continuar sus estudios en el extranjero, concretamente en Marneffe (Bélgica). Durante las dos últimas semanas que pasó en España, Arrupe buceó en el volumen de «Monumenta Ignaciana» (edición histórica de las fuentes de la Orden) sobre los Ejercicios. *«Este tiempo de lectura, de oración y de reflexión me permitió penetrar de manera decisiva en el pensamiento y la espiritualidad de San Ignacio»*. De 1933 a 1936, Arrupe estudia teología en el Colegio de Valkenburg, en Holanda, junto con los jesuitas alemanes. Allí debió especializarse en ética de la medicina con el conocido teó-

logo moralista Franz Hürth. Este tiempo compartido con los jesuitas alemanes habrá de ser más tarde de particular importancia, ya que a la provincia jesuítica de Alemania del Sur se le había encargado la misión del Japón. Entre sus compañeros de estudios en Valkenburg está Alfredo Delp, que poco antes del final de la guerra será ejecutado por los nazis, debido a su colaboración con el grupo de resistencia de Kreis. Para Arrupe, Delp es un mártir.

El 30 de julio de 1936, Pedro Arrupe es ordenado sacerdote con otros 40 compañeros jesuitas de su provincia. A su ordenación no pudo asistir ningún familiar, debido a que en España había estallado la guerra civil. Arrupe vive una creciente predilección por la santa Misa. Su espiritualidad está marcada eucarísticamente de forma especial. Cree profundísimamente en la presencia de Cristo en la Eucaristía.

En 1936, su provincial, por sorpresa, le envía a los Estados Unidos para que se especialice en ética de la medicina. De 1937 a 1938 hace Arrupe en Cleveland, Ohio, su tercera probación, el último año de formación. Aquí recibe, por fin, el 7 de junio de 1938, la tan deseada carta del General de la Orden: *«Después de haberlo considerado delante de Dios y haberlo consultado con su Provincial, le destino a la Misión de Japón»*. Antes de partir para Japón, pasa algunos meses de trabajo pastoral en una prisión de alta seguridad en Nueva York, donde en poco tiempo se gana el corazón de los presos. La despe-

didada le costó mucho. Mirando a sus experiencias con los presos, escribe: *«Es claro que, junto al dolor, está siempre el lugar del sacerdote»*.

Misionero en Japón

El 30 de septiembre de 1938 empieza en Seattle la travesía hacia Japón, después de diez largos años de espera. Al llegar, llora de alegría y constata que llorar es raro en él... desde que es mayor. Sin embargo, el comienzo en Japón es sobrio. Arrupe experimenta las exigencias de la inculturación en su propia carne: lengua extranjera, costumbres japonesas, comida japonesa... Extraordinaria experiencia la de la misa que celebra en la cumbre del Fujiyama. Arrupe conoce al jesuita alemán Hugo Enomiya-Lasalle, el gran constructor de puentes entre el Zen y el Cristianismo. Lasalle es un buen violoncellista. Arrupe convence a Lasalle de que le acompañe con el violoncello en sus cantos.

El joven misionero se introduce cuanto puede en la cultura japonesa y se ejercita en el tiro con arco, en la ceremonia del te, en la meditación Zen y en el arte de escribir en japonés. Su primer destino es como párroco en la ciudad de Yamaguchi. Poco antes de la entrada de Japón en la segunda guerra mundial, el 8 de noviembre de 1941, Arrupe es tenido por sospechoso y encarcelado co-

mo espía. Hasta el 12 de enero de 1942, pasa semanas llenas de inseguridad y privaciones en una prisión militar. Tiempo que se convierte para Arrupe en una profunda experiencia espiritual: *«Aprendí la ciencia del silencio, de la soledad, de la pobreza severa y austera, del diálogo interior con el huésped del alma –“hospes animae”–, que nunca se me ha mostrado más “dulcis”»*. Arrupe habla del «mes más rico de enseñanza» de su vida. Le conmueve profundamente el que miembros de su parroquia se arriesguen en la Nochebuena a cantar un villancico de Navidad delante de la celda de su cárcel.

En 1942, Arrupe es nombrado maestro de novicios y pasa a Nagatsuka, cerca de Hiroshima. Ahora es más exigente y radical consigo mismo. Durante la siesta le sorprende alguien limpiando los zapatos de los novicios. Nunca duerme más de cinco horas; con frecuencia, tan sólo cuatro.

El 6 de agosto de 1945, Arrupe es testigo de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima. Un relámpago, como un fogonazo de magnesio, corta el cielo. 80.000 hombres mueren en el acto; más de 100.000 heridos. El noviciado, distante siete kilómetros del centro de la ciudad, es seriamente dañado, pero ninguno de los 35 novicios resulta herido. Desde un altozano percibe Arrupe la magnitud de la catástrofe. Hiroshima es un infierno ardiendo. *«La bomba atómica había arrojado sobre la ciudad víctima la primera llamarada de un fuego blanco in-*

tenso. Y, al contacto de su calor terrible, todos los combustibles ardieron como cerillas metidas en un horno. Y, como si esto fuera poco, las viviendas de madera, que se derrumbaban bajo la onda de la explosión, cayeron sobre las brasas de los hornillos caseros, que pronto se convirtieron en llamaradas de hoguera».

Arrupe acude a la capilla y pide luz al Señor en aquella terrible oscuridad. Y decide convertir el noviciado en un improvisado hospital. Retoma los conocimientos de sus interrumpidos estudios de medicina. Y en condiciones de lo más primitivo, y sin anestesia, debe acometer operaciones difícilísimas y limpiar heridas gravísimas. El autodomínio y la capacidad de sufrimiento de los japoneses le impresionan profundamente. De los 150 pacientes que atendió durante meses, sólo murieron dos.

El 22 de marzo de 1954 es nombrado Viceprovincial de la Viceprovincia de Japón, que en 1958 es erigida como Provincia independiente. Arrupe es su primer Provincial. En aquel momento viven y trabajan en Japón jesuitas de más de 30 naciones. Esto hace que la provincia en sí misma sea un espejo de la Compañía de Jesús universal y un laboratorio apostólico internacional. Arrupe emprende numerosos viajes A Europa, América del Norte y América Latina, para conseguir ayuda en forma de personas y de dinero. En uno de esos viajes vive un significativo acontecimiento. Una señora muy rica le invita a dar una charla en su casa. Allí le entrega solemnemente,

en presencia de amigos y periodistas, un sobre, que Arrupe abre en el camino de vuelta con alguna impaciencia. El sobre contiene el equivalente a un par de dólares. Al día siguiente aparece en un periódico una fotografía de este «generoso» dispendio.

El número de jesuitas crece en Japón: de 126 en el año 1954, a 426 en el año 1961. Arrupe desarrolla una impresionante actividad, para algunos demasiado acelerada. Por eso el gobierno general de la Orden en Roma, en 1964, nombra Visitador al holandés Padre George Kester, que debe elaborar un informe sobre la provincia de Japón. Como General recién elegido, Arrupe se convierte en el destinatario del informe. Y comenta comprensivo: «¡Pobre P. Kester...!».

Superior General de la Compañía de Jesús

El 22 de mayo de 1965, Pedro Arrupe es elegido 28º General de la Compañía de Jesús. Su predecesor había sido el belga Johann Baptist Janssens (1889-1964), que había regido la Orden desde 1942. Entre los cuatro candidatos en la ajustada elección, recayó sobre él, en tercera ronda, la elección. El italiano Paolo Dezza, anteriormente Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, era el candidato del ala conservadora. Sin embargo, la mayor parte de los delegados de la Congregación General 31 desea-

ban un Superior General, que trajese a Roma el aire fresco de una Compañía de Jesús misionera.

Como Superior General introdujo Arrupe un nuevo estilo de gobierno. El General de los jesuitas había sido hasta entonces una figura lejana, invisible. Con Pedro Arrupe recibe un rostro y, sobre todo, un rostro sonriente. Da gran valor a la comunicación directa. Se lo facilita su conocimiento de siete idiomas. A un periodista le confiesa que su «hobby» es hablar con la gente. Su atención ante quien dialoga con él es ilimitada. Busca contactos con los medios y recibe constantes peticiones para ser entrevistado. En la curia instaura un centro de Comunicación. También algo cambia en la convivencia diaria de los más de cien jesuitas ocupados en las tareas de dirección de la Orden. En el comedor se cambia el viejo y monástico orden de asientos por mesas de a seis. Una cafetería con expendedores automáticos de bebidas favorece la comunicación informal. La Casa central de la Orden se convierte en una casa de acogida de huéspedes. La revista *Time* presenta en portada su rostro con la inscripción «Pedro Arrupe y Pepsi Cola». La Congregación General 31 le encarga visitar *in situ* a los jesuitas a lo largo y ancho del mundo. A finales de 1965 empieza el primero de sus muchos viajes al extranjero, que le conduce al Próximo Oriente y África.

Desde octubre hasta diciembre de 1965, Arrupe participa en la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano II.

En el aula conciliar tiene una intervención sobre el ateísmo –el Papa Pablo VI ha encomendado a los jesuitas en 1965, al comienzo de la Congregación General que elige a Arrupe, la especial misión de afrontar el ateísmo– y una segunda intervención sobre la actividad misionera en la Iglesia. El 27 de junio de 1967, Arrupe es elegido Presidente de la Unión de Superiores Mayores religiosos, con lo que representa a más de 300.000 religiosos. Y hasta 1979 es reiteradamente reelegido por cuatro veces para ocupar dicho cargo.

En agosto de 1968 participa Arrupe en la II Asamblea de Obispos de Latinoamérica en Medellín (Colombia), que trasladará de forma creativa el Concilio Vaticano II a la situación de Latinoamérica. Los obispos relacionan la inhumana situación de pobreza en que vive la mayor parte de las personas en el subcontinente con la voluntad liberadora de Dios. Desde la fe y los fundamentos bíblicos extraen la consecuencia de la opción por los pobres. La Asamblea de los Obispos y la teología de la liberación, nacida en aquel momento, se fecundan mutuamente. Arrupe ve en todo ello una importante confirmación de su especial preocupación por la justicia en el mundo.

El 8 de septiembre de 1973 convoca la Congregación General 32, que es para él la decisión más importante de su Generalato. Dicha Congregación tiene lugar del 1 de diciembre de 1974 al 7 de marzo de 1975 y define la misión de los Jesuitas en el mundo actual en términos de lu-

cha por la fe y la justicia. Esta decisión fundamental tiene que ser asumida primeramente por la propia Orden mediante un difícil proceso, conduciendo a tensiones y conflictos tanto con los regímenes totalitarios, sobre todo en Latinoamérica, como con grupos de Iglesia aferrados a una estricta separación entre fe y política. Una de las últimas importantes decisiones de Arrupe es la fundación, el 14 de noviembre de 1980, del Servicio Jesuita a Refugiados, con el fin de reaccionar frente a la catástrofe humanitaria de los refugiados vietnamitas.

La Congregación General 31 había posibilitado un proceso para que el General de la Orden pudiera retirarse por motivos de edad. A comienzos de 1980, Arrupe inició este proceso, que el Papa Juan Pablo II frenó con el argumento de que la Compañía de Jesús no estaba aún preparada para una Congregación General. Previamente quería clarificar ciertas cosas. La comunicación entre Arrupe y el Papa es difícil. Sobreviene el aterrador atentado contra Juan Pablo II, el 13 de mayo 1981, en la plaza de San Pedro. El 7 de agosto de ese mismo año Arrupe, de regreso de Filipinas, sufre en el aeropuerto de Roma una trombosis cerebral. Pierde progresivamente el habla y se le paraliza la mitad derecha de su cuerpo. Para el resto de sus días queda encadenado a una silla de ruedas y permanentemente necesitado de ayuda. El 6 de octubre 1981 le visita el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado, en su habitación de la enfermería y le entrega una

carta autógrafa del Papa Juan Pablo II, en la que éste nombra al P. Paolo Dezza su delegado papal para la Compañía de Jesús, con plenos poderes de General de la Orden hasta la convocación de una Congregación General, la 33, que finalmente se celebra en el otoño de 1983 y que elige al holandés P. Peter-Hans Kolvenbach como sucesor de Arrupe.

El estado de salud de Arrupe empeora continuamente. Después de una fuerte crisis en noviembre de 1985, se apaga lentamente su capacidad de comunicación. El 5 de febrero de 1991, tras una larga agonía, muere lentamente en presencia de su sucesor, Peter-Hans Kolvenbach, y de otros jesuitas particularmente más cercanos a él. Cuando, al final de la misa-funeral, era sacado de la iglesia su ataúd, sucede algo extraordinario. La comunidad en duelo rompe en un largo aplauso. Muchos ven en Arrupe a un santo.

Carisma de credibilidad

¿Dónde estuvo el secreto de la personalidad de Pedro Arrupe? ¿Qué hizo de él una de las más conocidas personalidades eclesiales del postconcilio? Él mismo dijo en cierta ocasión que las verdaderas historias de la vida no se han escrito con tinta. Tal vez la respuesta a estas preguntas tenga su fundamento en una frase central de los

Ejercicios de San Ignacio: «*El amor se debe poner más en las obras que en las palabras*». En términos actuales, diríamos que se trata de coherencia personal entre teoría y praxis, de credibilidad. Pedro Arrupe es un extraordinario ejemplo de hombre en quien palabras y acción, anuncio y testimonio, convergen. No fue uno de aquellos que dicen «Señor, Señor», pero no hacen nada, sino que puso su vida al servicio de lo que anunciaba. Sus palabras llevaban el refrendo de su vida.

En su experiencia de misionero aprendió que ningún argumento puede convencer a los no-creyentes si no va respaldado por un testimonio vivo. En este contexto cita él a Gandhi: «Yo amo a Cristo, pero desprecio a los cristianos, porque no viven como Cristo». El siguiente episodio muestra que el testimonio de vida es más importante que todas las prudentes teorías: un profesor japonés le preguntó sobre las pruebas de la existencia de Dios. Arrupe le expuso las pruebas clásicas, las «cinco vías» de Santo Tomás. Sin embargo, su interlocutor no podía seguir el hilo de su pensamiento. Arrupe se mostró dispuesto a empezarlo de nuevo. Entonces le interrumpe el japonés: «No he entendido sus explicaciones, pero Usted es un “hotoke” (un ser perfecto). *He observado durante meses su forma de vida y conozco ahora su convicción. El hecho de que su convicción de fe haya llegado hasta el fondo me basta para convencerme de que lo que Usted dice es verdad*».

Arrupe aprende ahí la lección de que «*para un mundo que no quiere reconocer al Dios vivo, la prueba más impactante no es la lógica, sino una vida coherente con su conocimiento de fe*». Lo confirma también otra experiencia: un anciano japonés participó durante medio año en las catequesis de Arrupe en la iglesia de la Paz, de Hiroshima. Un día le preguntó Arrupe si lo entendía todo bien. El anciano no le respondió. Era sordo. Cuando, más tarde, Arrupe logró dialogar con él, el buen anciano le explicó: «*Durante todo el tiempo le he estado mirando a sus ojos. No mienten. Lo que Usted cree, lo creo yo también*».

Esta credibilidad personal le caracterizó también como General de la Orden. Su autenticidad, su unidad interior, su sencillez, la transparencia de su alma... convencieron a los hombres más aún que sus palabras y actividades. Contempló al mundo y, sobre todo, a las generaciones jóvenes saturadas de palabras y discursos. Se exigían hechos y testimonios de vida. «*Esto supone que se vive el evangelio radicalmente, sin “glosa”, que se ama al prójimo como Cristo lo ha amado, hasta la entrega de su propia vida, esto es, viviendo desinteresado, pobre, en servicio de los demás*».

La medida de la convergencia de palabras—obras y anuncio—testimonio es Jesucristo. En su «Oración a Jesucristo modelo», al final de su conferencia sobre «El modo nuestro de proceder» dice: «*Ésa es la imagen tuya que contemplo en el evangelio: un ser noble, sublime, ama-*

ble, ejemplar, que mostraba una perfecta armonía entre vida y doctrina».

Arrupe vivió de una manera personal muy exigente la austeridad y la pobreza. Siendo General de la Orden, lavaba él mismo su propia ropa. Recibía un regalo y lo entregaba a otros, no pocas veces en el acto, y no siempre a gusto de quienes se lo habían regalado. Su sueño fue habitar en la Via Appia con los pobres de Roma. Sus consejeros le convencieron de que eso dejaría en mal lugar a quienes llevaban años viviendo en la Curia.

Para Arrupe, la credibilidad se fundamenta en la fe. En la vida del jesuita va estrechamente vinculada a los votos: *«Para nosotros, jesuitas, el testimonio de vida está hecho de pobreza, sencillez, entrega al servicio sin reservas, vida en contacto con los pobres, obediencia, disponibilidad, castidad... Todo ello vivido en un grado tal que no pueda encontrársele más explicación que nuestra fe en Dios Padre y en Jesucristo».*

2

Fe y Justicia



DESDE que Pedro Arrupe, estudiante de medicina, se encontró con la miseria de los suburbios de Madrid, el tema de la justicia marcó para siempre su vida. El problema de la justicia en su dimensión mundial fue para él uno de los más importantes signos de los tiempos. Ante todo, hay que comprender que la justicia para Arrupe no fue sólo un problema de ética social, sino una cuestión teológica muy profunda, que hunde sus raíces en Dios. La síntesis apostólica de la Compañía de Jesús desde sus orígenes –*ayudar a las almas*– la tradujo Arrupe para nuestros tiempos como *«Ser hombres para los demás»*. Así había formulado Dietrich Bonhoeffer la esencia del ser cristiano. En una situación de injusticia y miseria brota exigente una particular dedicación a los pobres –la opción por los pobres–, opción con fundamento ya en Ignacio, en su criterio de selección de ministerios apostólicos para los jesuitas: ir allí donde hay *mayor necesidad*, donde los hombres sufren y nadie se preocupa de ellos.

Se trata no sólo de la salvación de las almas, sino –tomando la totalidad del ser humano: cuerpo-alma-ser– de atender también las condiciones de vida materiales. Esta mirada globalizante de la salvación está en el centro del Concilio Vaticano II. El programa de urgencia preferente de Arrupe como Superior General fue traducir para la Compañía de Jesús el Concilio y hacerlo fructificar. En cierta ocasión hizo notar incluso que el Vaticano II hace posible hoy a la Compañía de Jesús ser más ignaciana que en tiempo de Ignacio. El *aggiornamento* de la Compañía de Jesús se realiza en su opción fundamental por la fe y la justicia y en la opción por los pobres como dimensión transversal de todos sus trabajos. Así definió la Congregación General 32, en 1974-75, la misión de los jesuitas en el mundo de hoy. Para Arrupe no hubo duda alguna de que esta renovación acomodada de la Orden era voluntad de Dios

La salvación de todo el hombre

En la teología y en la Iglesia preconciatares se dieron aún fuertes divisiones entre el orden temporal y el eterno, entre la historia del mundo y la historia de la salvación, entre Iglesia y mundo. A esto correspondió una concepción de espiritualidad en la que igualmente estuvieron claramente separados Dios y mundo, cuerpo y alma,

contemplación y acción. La vida en este mundo fue considerada como una especie de estación de paso en el camino hacia la eternidad. Por eso tenía la Iglesia que ocuparse de la salvación de las almas. Su primer objetivo tenía que ser que «llegase al cielo» la mayor cantidad posible de hombres. Los medios más importantes para ello eran los sacramentos.

Cuando el Papa Juan XXIII, en su alocución de apertura del Concilio Vaticano II, exhortó a un «salto hacia delante», pensaba, ante todo, en que la relación Iglesia-mundo había que orientarla de una manera nueva. La Iglesia cesó en su mentalidad de fijación y exteriorizó su conciencia de estar al servicio del mundo y de los hombres. Fue como un giro copernicano. Ya no están en el centro de la Iglesia los propios intereses y derechos, sino el bien de los hombres, más aún, de todos los hombres. Para Juan XXIII esto significa: «La Iglesia no debería ocuparse más de sus propios problemas, sino de servir a toda la humanidad en su búsqueda de justicia, paz y unidad». Con esto introdujo el campo de lo social y lo político en la competencia de la Iglesia. Exactamente lo mismo acentuó su sucesor, el Papa Pablo VI, en la alocución de clausura del Concilio: «Más que nunca, estamos alineados en el servicio al hombre como tal, no sólo a los católicos; por eso estamos alineados en la defensa, en primera línea y en todas partes, de los derechos de la persona humana y no sólo los de la Iglesia católica». La

Iglesia se orienta a todos los hombres, con independencia de su confesión y su pertenencia religiosa. Después de una larga y acalorada resistencia, la Iglesia se apropiaba la idea de los derechos humanos.

La Iglesia, que se sitúa así en el servicio al mundo y a los hombres, se volvió hacia atrás, a sus orígenes, y de nuevo se asemejó más a Jesús. Jesús mismo había hecho del servicio el contenido de su vida. En la última cena lavó los pies a sus discípulos y les invitó a lavárselos unos a otros. En estrecha conexión con ello está el que los pequeños y los que no cuentan eran para Jesús los más importantes: los niños, los pobres, los marginados... Así figura en la famosa primera frase de la Constitución pastoral del Concilio: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

Para Juan XXIII, y también para Pedro Arrupe, la renovación eclesial significa que la Iglesia está atenta a los signos del tiempo y se orienta por ellos. Precisamente en los signos de los tiempos fue superada la rígida separación entre Dios y el mundo. Pues en los signos de los tiempos se trata, por un lado, de acontecimientos y fenómenos históricos. Pero son también, como señala la Constitución Pastoral del Concilio, signos «de la presen-

cia o del proyecto» de Dios. Son, como los sacramentos, algo así como mediaciones de unión entre Dios y el mundo. En los signos de los tiempos se encierra también una dimensión sacramental de la historia. En ella y por medio de ella puede Dios mostrar su presencia y su voluntad. Sin embargo, no cualquier signo histórico es un signo de los tiempos. Es preciso discernirlo e interpretarlo. El criterio más importante de discernimiento para los signos de los tiempos lo menciona de nuevo la Constitución pastoral del Concilio: hay que clarificarlos «a la luz del Evangelio». Esto quiere decir que la Sagrada Escritura es el criterio decisivo acerca de si un fenómeno histórico es verdaderamente un signo de los tiempos. Vale por otra parte, a la inversa, que los signos de los tiempos pueden sacar a la luz nuevas dimensiones y perspectivas en la Biblia.

En este sentido habla Arrupe, una y otra vez, de los signos de los tiempos. El discernimiento de los signos de los tiempos es una tarea común de todos los jesuitas. Con ello renovó también Arrupe la antigua tradición jesuítica del discernimiento espiritual comunitario, tal como lo habían practicado los fundadores de la Orden. No sólo por medio de los Superiores, sino por medio de la interpretación en comunidad de los signos de los tiempos, puede Dios comunicar su voluntad a la Compañía de Jesús.

Dios quiere la justicia

La exigencia de la justicia universal se convierte para Arrupe en uno de los más importantes signos de los tiempos. No tuvo la más mínima duda de que la misión de la Compañía de Jesús en el mundo de hoy se funde en la lucha por la fe y la justicia, y que esto viene de Dios. Intuyó esta raíz teológica en su conferencia sobre «La inspiración trinitaria del carisma ignaciano»: «*En las personas divinas está el modelo supremo del “hombre para los demás”*». Ser hombre para los demás significa comprometerse en su salvación total, que comprende también las condiciones sociales de vida. Así, lo social no es sólo una dimensión ética, sino una dimensión teológica de la fe cristiana. El Dios en quien creen los cristianos es un Dios de la vida. Un Dios que ha enviado al mundo a su Hijo para que los hombres «tengan vida en plenitud» (Jn 10,10). Esta vida no se agota en las condiciones materiales, pero un mínimo material de existencia es presupuesto para una vida humana digna y plena. Donde falta este mínimo, hay un mandamiento de justicia de procurar ayudas y cambios. El compromiso por la justicia se convierte así en un componente consistente, integral, de la evangelización y el anuncio de la fe.

En el apartado conclusivo de su conferencia fundamenta Arrupe que precisamente en esto consiste la renovación del carisma ignaciano para nuestros tiempos, co-

mo ha exigido el Concilio. La situación de necesidad del mundo hiere profundamente nuestra sensibilidad de jesuitas «*y pone en tensión las fibras más íntimas de nuestro celo apostólico y las hace estremecerse*». Se llega aquí a lo fundamental: objetivo y tarea de la Compañía de Jesús desde sus orígenes es la defensa y el anuncio de la fe. Con esto conecta Arrupe, pero dando un decisivo paso adelante: la fe mueve la caridad y, a la vez, es movida por ella. A la vista de la necesidad del mundo, debe el amor realizarse en la justicia. Lo cual lleva al argumento decisivo: «Lucha por la fe, promoción de la justicia, empeño por la caridad... son nuestra ambición, y en eso tenemos nuestra razón de ser». En dejarnos penetrar por esta idea, vivirla con toda la intensidad del «magis» ignaciano, consiste nuestra renovación acomodada. De esta manera deberíamos alcanzar las fuentes del carisma trinitario ignaciano: la esencia divina, que es amor.

Era necesario que la Orden se reorientase de nuevo, cambiase, se convirtiese. Para Arrupe este proceso estaba fundamentado en los Ejercicios: «*La Compañía reconoció sus deficiencias pasadas en el servicio de la fe y la promoción de la justicia y se preguntó a sí misma ante Cristo crucificado qué ha hecho por Él y qué debería hacer por Él. A los pies del Crucificado, por amor eligió la participación en esta lucha como punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son*». Ignacio, en los Ejercicios, quiere orientar, ante todo, a se-

guir a Jesús «pobre y humilde», a hacerse cada vez más semejante a Él y a colaborar en su obra de salvación.

Los pobres son vicarios de Cristo

El Papa Juan XXIII, pocas semanas antes de la apertura del Concilio Vaticano II, en una alocución por radio, suscitó el problema de la pobreza en el mundo como urgencia decisiva para el Concilio. La Iglesia –acentuaba– está en verdad por todos, pero quiere ser de manera especial «Iglesia de los pobres». Con esto quiso anticipar al Concilio un tema central y una orientación programática. Obispos como el brasileño dom Hélder Câmara, de Recife, y el italiano Cardenal Giacomo Lercaro, de Bolonia, introdujeron el tema de la pobreza y de la justicia una y otra vez en los debates del Concilio. Sin embargo no se logró que fuera éste el eje en torno al cual girase todo, como había deseado Juan XXIII.

Sin embargo, esto se hizo realidad en la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín en 1968 y en la que participó Pedro Arrupe. En el centro de los documentos de Medellín está la opción por los pobres. Arrupe hizo suya completamente esta visión. Siguiendo el ejemplo de Cristo, debe la Iglesia ser, ante todo, la Iglesia de los pobres y de los oprimidos. Según él, aquí principalmente se juega la credibilidad de

la Iglesia: «*La Iglesia de Cristo, en cuanto tal, ha de mostrarse precisamente en este mundo como Iglesia de aquellos hombres que, según la palabra del Señor, representan el más seguro criterio del amor: los pobres, los tiranizados, los perseguidos, los expulsados, los desesperados. Si falseamos o trastocamos esta palabra del Señor, hemos cometido delito de alta traición a su mensaje.*»

Amor a Dios y amor al prójimo sólo pueden entenderse, según la Biblia y la teología, en estrecha unidad. Tanto el relato del juicio en el Evangelio de Mateo (Mt 25,31-46) como la Primera Carta de Juan dejan bien claro que no puede darse amor a Dios y a Cristo sin amor al prójimo. Cristo se identificó con los hambrientos, los sin-techo, los refugiados y los encarcelados. Ellos son sus representantes. Así pues, amor al prójimo y compromiso por la justicia se compenetran inseparablemente. A la vista de la necesidad humana y el sufrimiento humano deben fundirse el amor al prójimo y la justicia. El anuncio de la fe y la lucha por la justicia no son en la Orden tareas separables entre sí, sino dos caras de la misma moneda de la misión apostólica de ser «hombres para los demás».

Esto trajo también repercusiones para el encargo del Papa Pablo VI a la Orden de hacer frente especialmente al ateísmo. Arrupe subrayó una y otra vez que no se trata de una negación de Dios teórica, sino práctica. Acaparar poder y riqueza a costa de los pobres: eso era para él ateísmo práctico. En figura moderna reaparecen los vie-

jos ídolos: realidades caducas que se consideran absolutas y a las que son sacrificados seres humanos; ídolos de la muerte en figura de sistemas y estructuras injustas: «La tentación de adorar ídolos falsos no es algo exclusivo de los pueblos primitivos, ni de los tiempos bíblicos, ni de los tiempos modernos. Los ídolos falsos de nuestra civilización actual son mucho más insidiosos, por ser más refinados y estar más disfrazados».

Hoy mismo se argumenta que el compromiso social aleja a la Iglesia de su tarea «específica». Pero lo único que esto revela es que un paso adelante central del Concilio y de las encíclicas sociales de los Papas todavía no ha sido comprendido ni hecho realidad. Arrupe afirma, con la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, que «las actividades asistenciales y de desarrollo son parte de la misión evangelizadora de la Iglesia». Con la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI refuerza: «Entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación...) existen efectivamente lazos muy fuertes». En consecuencia, justamente ve él la crisis de fe de cientos de millones de católicos en el mundo actual no en el materialismo ni en la débil reflexión teológica, sino en las brutales carencias vitales de la existencia. Realidad que resulta agravada por el hecho de que los habitantes de los países pobres están perfectamente informados por los medios de comunicación social y por el turismo mundial acerca del bienestar del llamado «primer mundo».

De las limosnas a las estructuras

Para Arrupe es claro que los grandes problemas sociales del mundo no pueden resolverse sólo caritativamente, a base de limosnas, sino que deben ser abordados estructural y políticamente. El obispo Hélder Câmara ha expresado en forma muy concisa esta conexión: «Si doy pan a los pobres, se dice que soy un santo. Pero si pregunto por qué los pobres no tienen qué comer, soy tildado de comunista». Aludiendo a la parábola del buen samaritano, formula Arrupe exactamente en esta misma línea: «*Sin duda alguna, el amor cristiano supone vendar las heridas de quienes han caído en manos de ladrones y se desangran al borde del camino. Pero el deber de los cristianos es también evitar que los hombres inocentes tengan que caer en manos de ladrones*». Sin embargo, el que toca las estructuras y las cuestiona, fácilmente arriesga su vida en manos de quienes se aprovechan de las estructuras.

Arrupe no pierde de vista la responsabilidad personal de cada uno en este plano de las estructuras. Las estructuras de la sociedad no son un producto natural, sino que han sido hechas por hombres, y de ellas son responsables los hombres. Por eso deben ir a la par el cambio de estructuras y la conversión personal: «*Los terribles problemas humanos que angustian a nuestros contemporáneos no serán solucionados con leyes y reformas de estructuras, si antes no cambia el corazón humano. En efecto, el*

hombre es quien crea las estructuras y los diferentes sistemas económicos». Y el medio más apropiado para esto lo ve él en los Ejercicios, que tienen una dimensión social. La conversión y el «ordenar la vida» no deben quedar encerrados en el campo individual, sino que deben acreditarse y verificarse en la construcción de un orden social justo.

El problema de la justicia a escala mundial es para Arrupe, además, cuestión de saber y de conciencia. Muchos hombres en los países ricos no tienen ni idea de las indignas condiciones de vida, en que tienen que vivir millones de seres humanos. En consecuencia, no son conscientes de la responsabilidad que tienen en esta injusticia. Para cambiar esta situación es preciso un cambio de conciencia. Este cambio surge rápidamente como fruto de una experiencia personal. Es ésta una lección que Arrupe extrajo de sus 27 años de actividad misionera: *«Hay que hacer experiencias personales. Hay que experimentar en el propio cuerpo los problemas de quienes padecen necesidad. ¿Qué pueden saber del hambre quienes padecen exceso de calorías? ¿Qué idea de las condiciones de vida material, social y espiritual del mundo de los parias podemos hacernos desde las butacas del primer mundo?»*. Ninguna que valga la pena. Por eso, Arrupe desea que los jesuitas, al menos temporalmente, experimenten en su propio cuerpo situaciones de necesidad social y que participen allí en el servicio apostólico. Ya Ignacio había

establecido la regla de que profesores y científicos, entre los jesuitas, deben dedicar una parte de su tiempo a trabajar en catequesis de niños, cuidado de enfermos o pastoral de cárceles.

En este sentido, Arrupe impulsa una actualización de las iniciativas sociales que Ignacio había concebido para su tiempo: *«Yo me pregunto cuál sería la actitud de Ignacio hoy ante los desastres de nuestra época: los fugitivos en miserables barcos a la deriva (boat-people), las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos... O ante las miserias de esos grupos bien definidos de víctimas de una explotación criminal de la peor parte de nuestra sociedad: los drogadictos, por ejemplo. ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo habría hecho más, habría hecho las cosas de otra manera que nosotros?»*. Así animó Arrupe en los años sesenta, en los Estados Unidos, a la fundación de un servicio jesuita de voluntarios que organizara inserciones de jóvenes en puntos socialmente candentes. Poco después fueron fundadas el JEV (Voluntariado Jesuita Europeo) y la JMV (Misión Jesuita de Voluntarios), que también ofertan inserciones en los países del Sur. En el encuentro directo con la pobreza y la miseria se realiza un cambio de conciencia que con frecuencia cambia a estos jóvenes para el resto de su vida.

La difícil cuestión de la política

La lucha por la justicia lleva inevitablemente a los campos de tensión de la política. Se trata de un equilibrio que cada vez ocupó más a Arrupe. Por un lado, acentuó la necesaria independencia de los servidores del Evangelio respecto de todos los intereses de partido político; por otro, vio con toda claridad que la identificación con los pobres y oprimidos y la lucha por la fe y la justicia tienen una dimensión política.

También debían extraerse consecuencias políticas en la planificación apostólica de la Orden. La nueva planificación exigió una revisión de las obras y cooperaciones existentes. En una carta del 12 de diciembre de 1966 a los jesuitas de América Latina, Arrupe cuestiona críticamente la política de muchos colegios de jesuitas en América Latina. ¿No han estado casi exclusivamente al servicio de los ricos? No tiene dificultad, en conexión con esto, en hablar también de los pecados de los jesuitas. La opción preferencial por los pobres debería incidir de modo concreto en los trabajos de la Orden y, si fuera necesario, llevar también a la cesión de instituciones. Fue llamativo el cierre de un Colegio de larga tradición en México.

La flexibilidad para desprenderse de los trabajos existentes y la apertura a nuevas tareas, según Arrupe, pertenecen a las características esenciales de la Compañía de Jesús. Por eso alerta con urgencia: «*La Compañía no*

puede dejarse atrapar por aquellas estructuras del trabajo apostólico, que, por la exclusiva y absoluta preocupación por las necesidades presentes, pudieran convertirse en una verdadera trampa. Debe defender su capacidad de asumir nuevos trabajos y de cambiarse a sí misma, como lo exija la atenta contemplación de los grandes problemas de la humanidad».

La opción fundamental por la fe y la justicia puso en cuestión antiguas alianzas, como pudo observarse en las reacciones a una conferencia que dirigió Arrupe en 1973 a los Antiguos Alumnos de los colegios de la Compañía de Jesús en España. Afirmó en dicha conferencia que en todo el mundo el sistema de educación dominante da poca importancia a los problemas sociales. Siguiéronse cuestiones que desanimaron a algunos de los oyentes: «*Pero nosotros, jesuitas, ¿os hemos educado para la justicia? Si al término “justicia” y a la expresión “educar para la justicia” le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que los jesuitas tenemos que responder con toda humildad que no os hemos educado para la justicia tal como hoy Dios la exige de nosotros. Y creo que puedo pedirlos también a vosotros la humildad de responder igualmente que no, que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la formación recibida».*

Arrupe concluyó con estas afirmaciones: «*Esto significa que debemos trabajar juntos por llenar estos vacíos*

y por dar a la educación que ofrecen nuestros colegios un nivel que responda a las exigencias de justicia en el mundo actual. Esto no será fácil, pero lo tenemos que conseguir». Las resistencias, sin embargo, fueron más fuertes de lo esperado. Como reacción a este discurso, el presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos presentó la dimisión. Arrupe habló más tarde de una cierta aversión a esta adaptación social y cristiana, como se puede observar en algunos antiguos alumnos.

El misterio de Dios en los pobres

El encuentro con los pobres va unido cada vez más, en Arrupe, a profundas experiencias espirituales. Particularmente impresionantes son sus recuerdos de una misa en uno de los suburbios de miseria en Latinoamérica. En la consagración siente, en el completo silencio, la alegría del Señor entre aquellos a los que Él ama. Esta experiencia es para él más importante que las grandes recepciones de los poderosos de la tierra. Después de la misa, un tipo larguirucho de aspecto patibulario le invita a ir con él. Al principio, Arrupe duda, pero luego acepta la invitación. El hombre le lleva a su pobre chabola y le ofrece una tumbona. Arrupe puede ver desde su asiento, por una ventana abierta, la puesta del sol. «¿No es esto bello? –le pregunta el que le ha invitado–. Yo no sabía cómo agra-

decerle todo lo que Usted hace por nosotros. No puedo darle nada, pero pensé que a Usted le agradaría contemplar esta puesta de sol». Arrupe habló muchas veces de este extraordinario regalo.

Estas experiencias han unido a Arrupe con el Arzobispo de El Salvador, Óscar Romero, de quien era gran amigo. También Romero hizo la gozosa experiencia de encontrar el misterio de Dios en los pobres de su pueblo. Esto desató en él un proceso de transformación que algunos interpretan como conversión. Resuenan frases conocidas de Romero en las que se refleja esto: «Yo he conocido a Dios, porque he conocido a mi pueblo». «El obispo debe aprender mucho de su pueblo». «Con este pueblo no es difícil ser un buen pastor»... Algo semejante confiesa Arrupe: que él ha ido a la escuela de los pobres y ha aprendido mucho de ellos.

Los pobres son también para Arrupe punto de referencia cuando intenta aproximar la nueva devoción al Corazón de Jesús a la Compañía: *«Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, haced como los pobres a quienes deseáis servir. ¡Cuántas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros...!; aprended de ellos esta lección tan sencilla: Reconoced mi amor en mi Corazón».*

Persecución por causa de la justicia

Jesús anticipó ya en las Bienaventuranzas del sermón del monte que comprometerse por la justicia acarrea persecución. Ignacio de Loyola pidió persecuciones para la Compañía. Para él no había duda de que la persecución era consecuencia necesaria del seguimiento de Jesús. La opción fundamental por la fe y la justicia llevó a la Compañía de Jesús a una nueva persecución. La Congregación General 32 habló de «lucha bajo la bandera de la cruz». Arrupe estimuló a los jesuitas a una «*agresividad apostólica*» que no sólo sirviera para equipar a la Orden para misiones difíciles, sino que a la vez le hiciera ver como algo natural el hecho de ser blanco de persecuciones. En esto va incluido que tal lucha puede exigirnos sacrificios: «*No trabajaremos por la justicia sin pagar algún precio por ello*». Al final del monumental libro sobre Arrupe de Gianni La Bella se encuentran los nombres de 47 jesuitas que, desde la Congregación General 32, han sido martirizados por su compromiso con la fe y la justicia.

La persecución más intensa de todas fue la de los jesuitas en la pequeña nación centroamericana de El Salvador. Ignacio Ellacuría intentó allí poner la Universidad Centroamericana, fundada en los años sesenta, al servicio de la justicia y la liberación. Junto a la investigación y la docencia, las revistas de la Universidad tuvieron una significación importante. Después de un artículo crítico

sobre la prohibición de la reforma agraria por la oligarquía, en 1976 explotaron en el «campus» las primeras bombas. Pedro Arrupe escribió una carta a los jesuitas centroamericanos: «*No puedo hacer otra cosa que alegrarme y felicitaros sinceramente porque habéis defendido la causa de los pobres y por eso habéis sido perseguidos*». Y con la carta les envió 5.000 dólares para aliviar los daños causados.

El 12 de marzo 1977 fue asesinado el jesuita Rutilio Grande por encargo de los grandes terratenientes. Como párroco de la comunidad de Aguilares, había animado a los fieles a exigir sus derechos humanos fundamentales y una justa distribución de las tierras. Poco después aparecieron octavillas con la invitación: «¡Haga patria; mate a un cura!». Todos los jesuitas recibieron un ultimátum para abandonar el país en el plazo de un mes. De lo contrario, uno tras otro serían asesinados. Los jesuitas permanecieron, aunque durante largo tiempo debieron cambiar cada noche el lugar donde dormían. Arrupe lo explicó lapidariamente: «*La Compañía de Jesús no se mueve con amenazas. Si fueran asesinados más jesuitas, celebraríamos un funeral y continuaríamos trabajando*».

Rutilio Grande no fue la primera víctima de la Compañía de Jesús. Desde 1973, seis Padres y un Hermano fueron asesinados en el Tchad, en Brasil y en la antigua Rodesia. Arrupe tomó este hecho como motivo para una carta, con fecha de 19 de marzo de 1977, a toda la

Compañía. Su dolor por la pérdida de los compañeros –decía Arrupe– se mezclaba con una gran alegría por el hecho de que Jesucristo, por medio de tales compañeros, tenía un mensaje para la Compañía de Jesús. ¿Qué mensaje era ése?: en aquellos hermanos asesinados nos mostraba el Señor qué clase de testigos son necesarios en el mundo actual. «*Los cinco han sido hombres de cualidades humanas normales, de vida oculta, casi desconocidos, que vivían en pueblos pequeños, dedicados por completo al servicio diario de los pobres y de los que sufren*». Así habían de seguir, sin duda alguna, la consigna práctica de la Congregación General 32: la lucha por la fe y la justicia. Para Arrupe no hay la menor duda de que estos jesuitas son verdaderos mártires. En su martirio ve él confirmada la opción fundamental de la Congregación General 32.

Sobre la tumba de los seis jesuitas asesinados el 16 de noviembre de 1989 por un escuadrón de la muerte del ejército salvadoreño reza una de las claves de la Congregación General 32: «¿Qué significa ser jesuita hoy? Comprometerse, bajo la bandera de la cruz, en la decisiva lucha de nuestro tiempo: la lucha por la fe, que incluye la lucha por la justicia. No nos comprometeremos en la promoción de la justicia sin pagar un precio por ello».

3

Inculturación



PEDRO Arrupe fue un cosmopolita, familiarizado con varias culturas. Como misionero, acopió experiencias de cómo puede hacerse vivir el Evangelio en culturas lejanas. Después de haber gastado 27 años de su vida en Japón, tendió puentes entre Oriente y Occidente. Así se refleja en su biografía el tránsito de una Iglesia de marca europea a una Iglesia universal, como la iniciada por el Concilio Vaticano II. En la historia de las misiones, la cristiandad europea, durante largo tiempo, pasó sencillamente por encima de las culturas extranjeras. Hace pocos años, apenas se podía detectar una diferencia entre la celebración de la misa en Europa, en India o en Latinoamérica. El Concilio dio un paso importante con la introducción de las lenguas vernáculas en la liturgia. Además, deben las iglesias locales particulares establecer sus propias expresiones litúrgicas, teológicas y culturales de la fe cristiana.

Inculturación quiere decir «nueva creación»

Fue Pedro Arrupe quien introdujo en la Iglesia católica el concepto de «inculturación». Mucho antes de que surgiera el slogan «Lucha de culturas», él había desarrollado una profética visión de futuro en su búsqueda de un amistoso y fructífero encuentro de dichas culturas. La Congregación General 32 aprobó un breve decreto sobre «Inculturación de la fe y la vida cristiana» y encomendó al P. General un más amplio desarrollo del tema, que Arrupe cumplió con su «carta sobre inculturación» a toda la Compañía, de 14 de mayo de 1978. En ella describe el concepto en una forma densa: *«Inculturación es la encarnación de la vida y el mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y recree esa cultura, originando así “una nueva creación”».*

Merece la pena ocuparnos más profundamente de esta descripción de «inculturación». Es importante, en primer lugar, el concepto de «encarnación». Encarnación significa el hacerse hombre del Hijo de Dios. Dios se aventura en este mundo, en su historia y en una determinada cultura. En definitiva, Jesucristo mismo es el modelo de la inculturación. El movimiento de la encarnación

va de arriba hacia abajo, de la divina omnipotencia a la humana impotencia de un niño. Por eso la inculturación, desde su orientación fundamental, debe ir «hacia abajo». No puede aspirar al poder, sino conducir al servicio a los necesitados. Inculturación, compromiso por la fe y la justicia y opción por los pobres son hermanas.

Más adelante distingue Arrupe entre inculturación y una simple adaptación que solamente hace suyos algunos elementos de una cultura. La verdadera inculturación de la fe cristiana significa que ésta anima la cultura, la transforma y la renueva, de manera que surge una «nueva creación». Ni la fe cristiana ni la correspondiente cultura deben, por tanto, permanecer inalteradas. Plásticamente, se puede comparar esto con una semilla. Lo normal es que la germinación de una semilla dependa de determinadas condiciones del clima y del suelo. Sin embargo, la semilla del Evangelio puede germinar y crecer en las más diversas culturas y producir respectivamente en cada una otras plantas y otros frutos. Otra imagen para un cristianismo inculturado es, según Arrupe, la del *«variado tejido de la realidad cultural del único Pueblo de Dios peregrino».*

La inculturación supone que el Espíritu de Dios actúa en todas las culturas y que cada una de ellas puede recibir y asumir el Evangelio. Un ulterior presupuesto es que ninguna cultura es considerada en principio como superior, como «cabeza» o «superior» a otras, y que el cris-

tianismo en su forma occidental no debe ser interpretado como normativo para otros espacios culturales. Finalmente, ninguna cultura puede considerarse perfecta y ninguna forma de fe cristiana ser tenida por absoluta, ni siquiera la romana.

Con ello, el tema de la inculturación está en estrecha conexión con las relaciones entre Iglesia universal e Iglesias locales, primado papal y colegialidad episcopal. Esta cuestión no ha logrado todavía una solución satisfactoria y, hasta hace pocos años, ha sido incluso objeto de una «confrontación amistosa» entre los cardenales Joseph Ratzinger y Walter Kasper. El Concilio quiso expresamente una mayor independencia de las Iglesias locales. Sin embargo, el centralismo romano ha crecido de nuevo en los pasados años. La Iglesia católica vive desde siempre en la tensión entre pluralidad cultural y defensa de la unidad. Resolver esta tensión unilateralmente tocaría el nervio vital de la Iglesia.

Inculturación en Ignacio

Para Arrupe, el contenido teológico del término «inculturación» ya está presente en los escritos de Ignacio. Así hace él fructificar diversos principios de la espiritualidad ignaciana para su inteligencia de la inculturación. Un ejemplo especialmente plástico a este respecto lo ofrece en los

Ejercicios la contemplación de la Encarnación, donde se describe la humanidad en su diversidad cultural desde la perspectiva de las divinas personas: «...en tan gran diversidad, así en trajes como en gestos: unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando otros riendo, unos sanos otros enfermos, unos naciendo otros muriendo, etc.». Así están, ya en principio, todos los pueblos de la tierra en la mirada de la salvación divina. Dios quiere que todos los hombres se salven.

Una regla fundamental de la comunicación humana, que Ignacio coloca al comienzo de los *Ejercicios*, establece «salvar la proposición del prójimo». Se trata de un anticipo de confianza, de una fundamental benevolencia. Según Arrupe, esta orientación fundamental es de un valor inconmensurable para la inculturación.

La inculturación de la fe cristiana debe ser dirigida por el Espíritu Santo. Lo cual ser dóciles al Espíritu, escucharle permanente y atentamente en la oración. En conexión con esto, también la indiferencia, no en el sentido de indolencia, de que las cosas «den igual...», sino de apertura para recibir y para dar. Así se inscribe en la inculturación la concepción ignaciana del amor como comunicación: «El amor consiste en comunicación de las partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene y puede, y así, por el contrario, el amado al amante». Para el intercambio entre las culturas, significa que éstas pueden mutuamente enri-

quecerse y fecundarse. Arrupe consiguió especialmente que los japoneses pudieran gustar la música europea. Y, al contrario, él se apropió el arte del tiro con arco, que le proporcionó una nueva comprensión de la concentración dirigida al objetivo.

Para una inculturación lograda, el discernimiento ignaciano es de gran importancia. Originariamente se indica con esto la capacidad de seguir la pista de las diversas aspiraciones en el hombre hasta su origen, para distinguir si proceden del buen o del mal espíritu. Aplicado a la inculturación, debe discernirse entre lo que es inalienable y esencial en la fe cristiana y lo que sólo es vestido exterior de una determinada cultura en la que la fe es vivida. Es una antigua cuestión, por ejemplo, si también en las culturas que, contrariamente a la tradición judía occidental, no conocen el pan y el vino debe ser celebrada la Eucaristía con pan y con vino. Igualmente afecta al discernimiento la cuestión de qué valores son universales y obligatorios de modo general y qué otros son valores específicos de las culturas particulares.

En sus Instrucciones a los jesuitas misioneros, Ignacio les exhorta expresamente a aceptar las costumbres de los otros pueblos y, sobre todo, a aprender su lengua. Una y otra vez les recomienda una inserción en la situación concreta: en las circunstancias particulares de cada nación, lugar, idioma, mentalidades diversas, temperamentos personales... En esto se basó el secreto del éxito que

llevó a los misioneros jesuitas hasta el mismísimo Pekín, hasta los mandarines imperiales. Pero la misión de China de los jesuitas es también un triste ejemplo de la superprudente prohibición eclesiástica, que impidió una posible cristianización de aquel inmenso país.

La inculturación está también en conexión con el principio ignaciano de entrar a través de la puerta de los otros y salir a través de la propia. Con esto no se quiere aludir a ninguna sutil estrategia de infiltración. Tomar en serio la idea de la inculturación significa también que puede uno salir por su propia puerta. No hay duda alguna de que, durante sus 27 años en Japón, Arrupe se transformó, apropiándose muchos aspectos de la cultura japonesa.

La inculturación es un equilibrio entre la conservación de lo propio y la inmersión en lo extranjero. Arrupe habla de *sanos impulsos proféticos* que nos guían a riesgos calculados. En el proceso de inculturación se necesita una larga paciencia. Y, finalmente, quien está profundamente enraizado en la Iglesia puede llegar hasta el borde y hasta las fronteras en el encuentro con otras culturas y religiones.

En la inscripción del sepulcro de san Ignacio quedó sintetizada una característica esencial del espíritu ignaciano: «Es divino no dejarse encerrar por lo más grande y, sin embargo, estar encerrado en lo más pequeño». Arrupe aplica este principio a la inculturación, en el sentido de que debe ser tenido en cuenta lo concreto y espe-

cífico, hasta el más pequeño detalle cultural, sin renunciar a la amplitud y universalidad de aquellos valores humanos que ninguna cultura puede realizar por completo. En conexión con la inculturación, Arrupe habla de todo el mundo como una única familia, visión que, en tiempos de globalización, adquiere nueva actualidad.

En cierta manera, Arrupe aplica también la idea de la inculturación a la misma Compañía de Jesús. El carisma de Ignacio se debe encarnar en las diversas culturas en las que vive la Orden. Así, por ejemplo, desde hace tiempo se ha dado importancia en la India al hecho de que la teología sea enseñada en la lengua de cada país. Arrupe saludó esta iniciativa y la impulsó expresamente. También la renovación de la Orden acomodada a nuestros tiempos, tal como la impulsó el Concilio Vaticano II, significa un proceso de inculturación del carisma fundacional en las circunstancias actuales.

Inculturación también en Europa

Durante su estancia en Japón, Arrupe tuvo que experimentar dolorosamente las fronteras de la comunicación entre las culturas. Sin embargo, en el transcurso de los años se convenció de que ninguna otra civilización podía ser tan fecundada y animada por el Evangelio como la oriental: *«Los orientales tienen una grandísima estima de los valores evangélicos. Lo llevan, casi diría, en la*

sangre. En su tradición respetan la pobreza, la sencillez, la autenticidad, la sabiduría, la contemplación. Tienen un sentido casi connatural de las cosas y de Dios. El Evangelio de Cristo les revelará quiénes son realmente, penetrará su espíritu transformándolo». Sobre ello basó también su esperanza de que un día China se abriría al Evangelio.

A la vista de una creciente secularización e indiferencia religiosa, creció en Arrupe la convicción de que se necesita en Europa una nueva inculturación del cristianismo. Ya en 1967, el Papa Pablo VI señaló la ruptura entre evangelio y cultura como el gran drama de nuestra época. Característica de la cultura moderna es su constante cambio. El cambio se ha convertido en estado permanente. La fe cristiana no tiene que amoldarse simplemente a este cambio, pero tampoco puede ignorarlo. Los cambios culturales, en el sentido de la comprensión de la inculturación que tiene Pedro Arrupe, conducirán en Europa a nuevas formas del mensaje cristiano y de sus mediaciones.

Para acercar a los jóvenes europeos a la fe cristiana es preciso recorrer nuevos caminos. Los jesuitas ingleses han reunido interesantes experiencias con los llamados «Podcasts», archivos de datos de audio y de video que pueden ser bajados de Internet y que gozan de gran popularidad entre la juventud.

En <www.pray-as-you-go.org>, por ejemplo, se encuentran «podcasts» espirituales que invitan a la oración

y la meditación. Durante un año fueron descargadas más de dos millones de dichas invitaciones a la oración. Un creciente interés encuentran también los Online-Exerzitian en la propia red.

Gracias a la creciente movilidad y migración, se plantea de una nueva manera el reto del diálogo interreligioso. La fe cristiana debe inculturarse nuevamente en un ámbito multirreligioso. En los pasados años, los jesuitas alemanes se han especializado y comprometido especialmente en el campo del diálogo cristiano-islámico. Las cárceles son focos de encuentro interreligioso. Los jesuitas que se ocupan de la pastoral de los inmigrantes ilegales han pisado tierra virgen pastoral con la oración interreligiosa en la cárceles. Pedro Arrupe habría gozado ciertamente con esta prolongación de su idea de la inculturación.

4 Conflictos



PPETER-Hans Kolvenbach, con ocasión del décimo aniversario de la muerte de Pedro Arrupe, escribe en una carta a toda la Compañía, de 18 de enero de 2001, que Pedro Arrupe fue, como todo testigo profético, un signo de contradicción y, tanto dentro como fuera de la Compañía, malentendido o no entendido en absoluto. Desde san Ignacio, Arrupe fue el más querido, pero también el más controvertido General de la Compañía de Jesús. Tuvo que sacar adelante la renovación de la Orden urgida por el Concilio contra resistencias de dentro y de fuera.

El Espíritu Santo actúa en el conflicto

De Pedro Arrupe se puede aprender mucho sobre cómo tratar espiritualmente los conflictos. Los conflictos pueden ser necesarios y espiritualmente eficaces. Esto es cla-

ro en un conflicto encendido en la primitiva comunidad cristiana. Se trataba del problema acerca de si los bautizados no-judíos debían someterse a la Ley judía y hacerse circuncidar. Un grupo «conservador» –en terminología moderna– en torno a Pedro era decididamente de esta opinión. Otro grupo «progresista» alrededor de Pablo creía, sin embargo, que con ello se ponía en cuestión el futuro de la joven Iglesia. Los Hechos de los Apóstoles narran que se levantó «una violenta polémica». Pablo se refiere a este conflicto al comienzo de la carta a los Gálatas. Él se había opuesto a Cefas: literalmente, se había encarado con él.

Para la solución del problema en litigio es convocado el llamado «concilio de los apóstoles» en Jerusalén. Después de haber intercambiado los diversos argumentos, se llega a una unidad, de la que queda constancia escrita: «Es decisión del Espíritu Santo y también nuestra no imponer otras obligaciones, aparte de éstas que consideramos imprescindibles: no tomar alimentos que procedan de sacrificios a ídolos, no comer sangre ni cometer ninguna clase de inmoralidad sexual» (Hch 15,28-29). La decisión tiene un carácter de compromiso, pero en realidad se impuso la posición de Pablo. Expresamente es mencionado el Espíritu Santo: Él actúa por medio del conflicto y de la discusión. Dicho de otra manera: si se hubiera evitado el conflicto y la discusión, no habría podido actuar el Espíritu Santo.

En este mismísimo sentido entiende Pedro Arrupe el significado de las crisis y conflictos en el curso de la historia de la Iglesia: «*Las dificultades, las crisis y hasta los errores, fueron, si no el origen, sí al menos la ocasión para una profundización de la doctrina de la Iglesia y para una mayor eficacia pastoral. ¡Cuántas veces se ha podido exclamar después: felix culpa...!*». Tal vez sea todavía demasiado pronto para exclamar este *felix culpa!* en relación con los conflictos que Pedro Arrupe tuvo que soportar. Sin embargo, algo está fuera de duda: los conflictos sacan a la luz de forma extraordinaria su integridad humana y su humildad.

Conflictos internos

Gianni La Bella ha señalado que ya en los años 30 del siglo XX hubo tensiones en la Orden de los jesuitas entre una tendencia conservadora y otra progresista. Estas tensiones marcaron la Congregación General 31 y sus cambios. La Bella distingue tres núcleos: una minoría conservadora y otra progresista en los márgenes; y una moderada y homogénea mayoría en el centro. Muy pronto, después de la elección de Arrupe como General de la Orden, el ala conservadora criticó públicamente su dirección de la Orden. Se le echó en cara que no gobernaba la Orden con suficiente decisión y que trataba con demasiada tole-

rancia a los discrepantes. Al terminar la Congregación General 31, dispuso Arrupe realizar una investigación sociológica –el llamado «Survey»– para conocer la situación real de la Orden. También le fue reprochada esta aplicación de una ciencia «profana» a la Orden. En su primera visita a Francia como Superior General causó «escándalo» su afirmación de que un jesuita que observa fielmente sus espirituales obligaciones no es por ello un buen jesuita. En una conferencia en la India aprovechó un reproche que circulaba contra él: «Un vasco fundó la Compañía de Jesús, y otro vasco la ha echado a perder»: «*Solamente para que sepan cómo piensan algunos sobre mí...*».

Especialmente fuerte fue la polarización en España después de la guerra civil y durante la dictadura de Franco. En un Congreso sobre Ejercicios en Loyola, en agosto de 1966, antes de la segunda sesión de la Congregación General 31, se reunieron unos 30 participantes con algunos delegados de la Congregación y prepararon un comunicado abiertamente crítico contra la dirección de la Orden por Pedro Arrupe. En él se hablaba de la fidelidad a la auténtica vocación y del glorioso pasado de la Orden, al que era imperioso volver.

Este documento llegó al Vaticano. Se formó entonces una coalición de obispos conservadores españoles, algunos miembros de la curia vaticana y los mencionados jesuitas españoles, que tomaron postura contra las innovaciones de Arrupe. En España surgió la amenaza de una

escisión de la Orden entre jesuitas fieles a la tradición y jesuitas «progresistas». A comienzos de 1970 surgió seriamente la posibilidad de la fundación de una «Provincia personal» con jesuitas de la «estricta observancia» en espacio propio. En esta situación, los siete Provinciales españoles pusieron sus cargos a disposición del Papa, comunicándose a continuación a Arrupe, que respetó esta renuncia: «*Yo sé de quién me he fiado*». Durante una visita de tres semanas a España, en mayo de 1970, Arrupe controló con autoridad moral la crisis. Y se conjuró el peligro de división.

Confianza ilimitada

Arrupe fue riguroso a la hora de rechazar toda crítica referida a personas. La crítica, afirmó una y otra vez, debe ajustarse a cosas objetivas. Su confianza en los demás era ilimitada. Aun cuando, en los conflictos con el Vaticano, había indicios de que colaboradores de su más estrecho entorno pasaban informaciones internas a las autoridades vaticanas, él no extrajo ninguna consecuencia.

Arrupe sabía muy bien que también los jesuitas podían cometer errores. Esto, en parte, guarda conexión con el carisma específico de la Orden: desplazarse a los frentes de confrontaciones espirituales y nuevos desarrollos. En una frase muchas veces citada posteriormente, duran-

te una conferencia de prensa al final de la Congregación General 31, puntualizó: *«No quiero defender indiscriminadamente todo error que los jesuitas podamos cometer; pero el mayor error sería el temor a cometer errores, hasta el punto de renunciar simplemente a la acción».*

Hasta donde le fue posible, Arrupe intentó defender a los jesuitas sometidos a crítica tanto desde dentro como desde fuera de la Iglesia. Lo hacía por una profunda convicción y solidaridad interior. No entendía de floreos diplomáticos: *«Si un jesuita tiene la impresión de que su Superior es un diplomático, se acabaron las relaciones verdaderas».*

Arrupe tuvo que ver también con el conflicto sobre la teología de la liberación. Muchos de los teólogos de la liberación fueron, y son, jesuitas. Característico de Arrupe fue que pronto sintió la necesidad de ser informado de forma exhaustiva sobre esta nueva teología. Por eso en 1976 hizo que acudiera a Roma Jon Sobrino para que, a lo largo de diez días, le impartiera una especie de clases particulares sobre la teología de la liberación. Sobrino recuerda su fino estilo en replantear preguntas: *«Veamos si he entendido correctamente...».* Arrupe, por su parte, le preguntaba a Sobrino sobre problemas que le preocupaban. Finalmente, incluso se ocupó del pago del pasaje de avión: *«No se preocupe. Ya lo he arreglado yo».* Para Sobrino, Arrupe es un santo en su primitivo sentido: siempre pensó en sí mismo en último lugar.

Los jesuitas y los Papas

Ignacio de Loyola había establecido la Orden de los jesuitas en una especial relación con los Papas. Sin embargo, sobre el voto de los jesuitas al Papa hay una serie de ideas exageradas y falsas. Como todos los votos, está exactamente descrito, determinado y definido en relación a las «misiones» que el Papa puede confiar a cada jesuita o a la Orden entera. Es interesante también, en este contexto, un cambio en la segunda redacción de la Bula papal de fundación de la Orden. Pedro Arrupe observó en relación con esto que Ignacio, afortunadamente, sustituyó la fórmula «servir al Vicario de Cristo» por «servir a la Iglesia bajo el Vicario de Cristo».

A pesar de o, tal vez, también por esta relación especial, hubo en la historia una y otra vez tensiones entre la Orden de los jesuitas y los Papas. Según un testigo ocular, cuando, en 1555, el Cardenal teatino Gian Pietro Caraffa fue elegido Papa, le temblaron a Ignacio todos los huesos del cuerpo. Caraffa, convertido en Papa Pablo IV, había sido su enemigo mortal. Ignacio tenía fundados motivos para temer que pudiera disolver la Compañía. En realidad, la Compañía de Jesús fue disuelta en 1773 por el Papa Clemente XIV. Cuarenta y un años después (1814), el Papa Pío VII la restauró de nuevo. En el siglo XIX, las relaciones entre Pío IX y el entonces General de la Orden, Johan Philipp Roothaan, estuvieron marcadas

por la confrontación y los malentendidos. Pío X pensó en serio sobre la destitución del General de la Orden, el alemán Franz Xaver Wernz. Pío XII también llamó al orden a los jesuitas más de una vez, por ideas demasiado modernas y desvíos doctrinales.

Las relaciones entre Pedro Arrupe y el Papa Pablo VI estuvieron marcadas por la mutua simpatía y estima. El Papa Montini tuvo una especial confianza en la Compañía de Jesús, pero a ello se unió también una especial preocupación por la orientación de la Orden. En su alocución a la segunda sesión de la Congregación General 31, junto a muchas alabanzas, planteó algunas cuestiones críticas, referentes, ante todo, a la eclesialidad de los jesuitas.

En su discurso con ocasión de la inauguración de la Congregación General 32, el 3 de diciembre de 1974, describió así el carisma específico de la Orden de los jesuitas: «Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están todavía los jesuitas». Esto hizo que la Compañía de Jesús adquiriera un significado especial para la Iglesia en su conjunto: «Vuestra Compañía es, decimos, el test de la vitalidad de la Iglesia en los siglos; es quizá uno de los crisoles más significativos, en que se encuentran las dificultades, ten-

taciones, esfuerzo, perennidad y éxitos de la Iglesia entera». Todo lo cual explica la gran atención que dispensó Pablo VI a la Congregación 31 y, aún más, a la 32.

La cuestión de los «Grados»

Un conflicto especial entre Pablo VI y la Compañía de Jesús se encendió en la llamada «cuestión de los Grados». Se trata de una distinción, ya desde la fundación de la Orden, entre dos grupos de miembros: por un lado, los «profesos», que necesariamente son sacerdotes y que deben hacer un cuarto voto de obediencia al Papa con respecto a las misiones; por otro lado, los «Coadjutores», que pueden ser sacerdotes o Hermanos, que no hacen el voto de obediencia al Papa y tienen menos derechos. En los preparativos de la Congregación General 32 hubo en la Orden un gran esfuerzo por suprimir esta distinción. Este cambio, sin embargo, chocaba con la bula fundacional; era, por tanto, de derecho pontificio y debía, por tanto, ser autorizado por el Papa.

Arrupe recibió al comienzo de la Congregación General 32, el 3 de diciembre de 1974, una carta del Cardenal Secretario de Estado, Jean-Marie Villot, en la que éste le participaba que el Papa no veía posible cambio alguno en la cuestión de los Grados. Detrás parecía subyacer el miedo a que, con la suspensión de tal distinción,

perdiera la Orden su carácter sacerdotal y pudiera convertirse en una especie de Instituto secular.

Arrupe vio en la Congregación General y en el Papa las dos instancias superiores a él, a las que debía obediencia. Con la carta de Villot sobre la cuestión de los Grados entró en un conflicto de obediencia. ¿Debía la Congregación General, ya de entrada, borrar esta cuestión del orden del día y suprimir la deliberación en común? Existe en la tradición de la Compañía de Jesús el llamado principio de la «representación», que permite volver a presentar la propuesta rechazada alegando nuevos argumentos para su aceptación. Sin embargo, la decisión, finalmente, pertenece al Superior. Parece que Arrupe quiso dejar abierta esta posibilidad a la Congregación. En todo caso, retuvo la carta de Villot para más adelante. En un votación indicativa, 228 miembros de la Congregación General se pronunciaron a favor de que se tratara el tema y se presentase el resultado al Papa. Sólo ocho votaron en contra. Arrupe sólo dio a conocer a la Congregación la carta de Villot el 16 de diciembre. Un participante, en mirada retrospectiva, explica el comportamiento de Arrupe en el sentido de que se tomó muy en serio la libertad de la Congregación General y la respetó como su superior.

En el Vaticano, el hecho de que la Congregación General decidiera tratar la cuestión de los Grados fue interpretado como un enfrentamiento a la clara orden del

Papa. Arrupe fue citado el 20 de febrero de 1975 a una audiencia con Pablo VI. El Papa se mostró muy serio, riguroso, seco. Estaba presente el sustituto de la Secretaría de Estado, Giovanni Benelli. Pablo VI indicó a Arrupe: «Siéntese y escriba lo que Monseñor Benelli le dicte». El Papa mostró su extrañeza por el hecho de que la Congregación General no se hubiera plegado a sus deseos y hubiera abierto una discusión sobre la cuestión del cuarto voto. No permitiría ninguna clase de cambios en esto.

Arrupe quedó consternado ante esta reprensión papal. Más tarde recordó este difícil encuentro, en diálogo con Pedro Miguel Lamet: *«Aquel día, en que me llamó el Papa, fue muy duro, créame, muy duro. ¡Terrible! Me acompañaba el P. O'Keefe, pero no le dejaron entrar. El Papa me mandó escribir. Yo quise hablar, pero no me dejó. Yo contenía las lágrimas y escribía. Cuando salí, rompí a llorar. No podía entender tal actitud, pues en mi interior lo veía muy claro. Fue muy hermoso ver cómo reaccionaron todos los Padres congregados. Después, a los pocos minutos, yo estaba ya muy tranquilo»*. Estas palabras hacen recordar la afirmación de san Ignacio de que le bastaría un cuarto de hora para encontrar de nuevo su paz, en el caso de una posible disolución de la Compañía de Jesús.

Dificultades agudizadas

El reajuste de la Orden, obra de la Congregación General 32, condujo a dificultades agudizadas con el Vaticano. Por una carta del Cardenal Secretario de Estado, surge la preocupación por el hecho de que el nuevo acento en la promoción de la justicia pudiera amenazar el carácter sacerdotal de la Orden. Con todo, un punto de vista decisivo de la Congregación General había sido su afirmación de que, exactamente, el compromiso por la justicia pertenece al servicio sacerdotal.

De diversas partes de la Iglesia universal, sobre todo de Latinoamérica, llegaron quejas a Roma sobre el compromiso político de jesuitas. Una primera evaluación de los cambios de la Congregación General 32 había de hacerla en septiembre de 1978 una Congregación de Procuradores, representantes elegidos de las Provincias. Coincidió en esos días la inesperada muerte del Papa Juan Pablo I. Se contó que había muerto con el texto de su alocución a los Procuradores en las manos. Dicha alocución contenía también pasajes críticos. Arrupe pidió el texto a Villot, Cardenal Secretario de Estado, quien declaró que no era de su competencia el proporcionarlo. Lo habría de decidir el futuro Cónclave o el próximo Papa. Por eso la Orden de los jesuitas fue objeto de largas discusiones durante el cónclave que eligió Papa a Karol Wojtyła. Juan Pablo II heredó, por así decirlo, el dossier

completo de sus antepasados sobre los jesuitas, pero tuvo con la Orden una relación mucho más distante que Pablo VI.

A comienzos de 1980, Arrupe tomó la decisión, conforme a las nuevas normas de la Congregación General 31, de renunciar como Superior General de la Compañía de Jesús, por razones de edad. Lo habló con sus consejeros. Solicitó el parecer de los provinciales, y éstos, en su mayoría, aprobaron el proyecto de su renuncia. Arrupe no estaba obligado a informar al Papa sobre su intención de renunciar y de convocar una Congregación General para la elección de su sucesor. Sin embargo, lo hizo como gesto de su especial vinculación y confianza con el Sucesor de Pedro, en una audiencia celebrada el 18 de abril de 1980. El Papa se mostró sorprendido. Quiso saber de Arrupe qué podría hacer él en este proceso. «Todo lo que le parezca justo», respondió Arrupe. «¿Cree Usted que me obedecerá la Compañía?», preguntó el Papa. «Evidentemente», aseguró Arrupe. Así concluyó una audiencia de tan sólo diez minutos.

Arrupe pasó unos días de tensión e inseguridad. El 1 de mayo, finalmente, llegó una carta autógrafa del Papa con la petición de suspender el proceso iniciado para convocar una Congregación General. Ésta no sería ni en bien de la Iglesia ni en el de la Compañía. Seguirían hablando. Sin embargo, durante meses no ocurrió nada. Por eso surgieron cada vez más rumores. Uno de ellos, que el

Papa planificaba destituir a Arrupe. A esto comentó Arrupe: «*No creo que lo haga; pero, si lo hace, me bastan cinco minutos para recoger mis bártulos y volverme a Japón*». Otro rumor decía que Juan Pablo II quería suprimir la Orden, como ya lo había hecho Clemente XIV en 1773. Era costumbre típica de Arrupe, en medio de esta situación, los domingos, cuando el Papa pasaba en automóvil a visitar parroquias romanas, bajar a la acera de la calle para saludarle con una inclinación. Ni una sola vez mostró el Papa haberlo observado.

Desde un punto de vista jurídico, la Orden se encontró en estado de excepción, porque no se podía hacer retroceder el iniciado proceso de renuncia. En esta situación, Arrupe hizo Ejercicios a comienzos de agosto de 1980. Pidió a Luis González, director del Centro Ignaciano de espiritualidad, que le acompañara. González recuerda cómo Arrupe, el penúltimo día de los Ejercicios, en la meditación de la Pasión de Cristo, vivió una experiencia terriblemente angustiada. Él señala esto como un presentimiento de lo que le esperaba.

El 30 de diciembre celebró el Papa, como de costumbre, la Eucaristía de fin de año en la iglesia de los jesuitas del Gesù, en Roma. En la sacristía, los Asistentes generales pidieron al Papa una audiencia para Arrupe, con el fin de clarificar la situación. El Papa prometió una rápida respuesta por medio de su Secretario. Finalmente, hubo dos audiencias: una, el 13 de enero; otra, el 13 de

abril de 1981. Juan Pablo II se manifestó crítico ante los cambios de la Orden en conexión con el Concilio Vaticano II. Se mostró preocupado por las tendencias divisoras y por el compromiso político de algunos jesuitas en Nicaragua. Pero no abrió el camino para la convocación de una Congregación General. Parece que tuvo que ver con ello el que en el Vaticano se contaba con Vincent O'Keffe o Jean-Yves Calvez como posibles sucesores de Arrupe, y ambos eran valorados como «progresistas» y demasiado comprometidos en la línea de Arrupe.

El 13 de mayo tuvo lugar en la Plaza de San Pedro el atentado contra el Papa Juan Pablo II, que lo mantuvo en el lecho de enfermo durante semanas. Por eso los diálogos entre Arrupe y el Papa se vieron nuevamente interrumpidos. El 7 de agosto sufrió Arrupe, de regreso de un viaje por Asia, una hemorragia cerebral. Las Constituciones prevén, para el caso de una seria enfermedad del General de la Orden, el nombramiento de un Vicario General, que recayó en Vincent O'Keffe. Pronto estuvo muy claro que no se podía contar con una breve convalecencia de Arrupe.

La intervención del Papa

El 6 de octubre 1981 se anunció el Cardenal Secretario de Estado, Agostino Casaroli, para una visita a Arrupe con un mensaje del Papa. Fue llamativo, sin embargo,

que Casaroli simplemente ignorase a O'Keefe como Vicario General. Éste recibió a Casaroli y lo acompañó a la habitación de enfermo de Arrupe. Casaroli insistió además en estar a solas con Arrupe. La visita duró tan sólo unos minutos. Sin decir una palabra, Casaroli se hizo acompañar de nuevo hacia la puerta. Cuando O'Keefe regresó al cuarto de Arrupe, encontró la carta del Papa en una mesita. Arrupe estaba llorando. ¿Qué contenía la carta? El Papa comunicaba a Arrupe que había nombrado un «Delegado personal» con plenos poderes para el gobierno de la Compañía en su nombre y por encargo suyo. El Delegado era el italiano Paolo Dezza. Y, debido a la avanzada edad de éste (80 años), el Papa nombró a un Coadjutor, Giuseppe Pittau, también italiano y anteriormente Provincial de Japón

Juan Pablo II y otros en el Vaticano contaban con una especie de rebelión de los jesuitas ante estas medidas extraordinarias. Nada de eso sucedió. Pero es que tampoco había nada que disimular. En el nombramiento de los Delegados se manifestó una profunda desconfianza del Papa hacia los jesuitas. 18 jesuitas alemanes, entre ellos Karl Rahner escribieron al Papa una carta respetuosa, pero muy clara, en la que se decía lo difícil que se les hacía reconocer en las medidas tomadas la mano de Dios. El renombrado semanario inglés *The Tablet* habló de un brutal ultraje a uno de los más santos y queridos Superiores Generales desde San Ignacio.

Para el 23 de febrero 1982 convocó Paolo Dezza una Asamblea de todos los Provinciales en Roma. El 27 de febrero los recibió el Papa en el Vaticano y les dirigió una alocución. Reconoció que las actuales circunstancias han aparecido «delicadas para el gobierno de vuestra benemérita Orden y lo son objetivamente». El nombramiento de un Delegado personal es una «prueba» que ha sido recibida por los miembros de la Orden con verdadero espíritu ignaciano.

A continuación subraya el Papa la ejemplar actitud de Pedro Arrupe, su generosa aceptación, su *Fiat* «ante la voluntad de Dios, que le exigió mucho, tanto en la aparición de su repentina e imprevisible enfermedad, como también en las decisiones tomadas por la Santa Sede... En este momento, particularmente solemne para la vida y la historia de vuestra Orden, deseo expresarle el agradecimiento del Papa y de la Iglesia».

Juan Pablo II tenía prevista la convocación de la Congregación General aún durante 1982. Finalmente, la Congregación General 33 pudo reunirse el 2 de septiembre de 1983. Formalmente, Pedro Arrupe era todavía Superior General. El 13 de septiembre, en primera votación, fue elegido Peter-Hans Kolvenbach. Ciertamente, no era el candidato de Juan Pablo II.

La fecundidad de los conflictos

Mirando a la historia de la Iglesia, una y otra vez ha habido tensiones, necesarias y fecundas, entre carisma y administración eclesial. Las Órdenes surgieron del lado del carisma, significando el libre actuar del Espíritu de Dios también fuera de la constitución institucional y jerárquica de la Iglesia. La fundación de las Órdenes estuvo, por regla general, vinculada a personalidades carismáticas. Por derecho eclesiástico, las Órdenes han tenido también el particular estado de una relativa independencia de los obispos y de las diócesis. Con esto ya se veía que tenía que haber tensiones. En este sentido manifestó Arrupe: *«Dado lo que son el carisma y el servicio propios de la Compañía de Jesús, estos conflictos son humanamente inevitables»*. En definitiva, han sido beneficiosos tanto para la Iglesia como para la Orden.

También Ignacio Ellacuría contempló los conflictos de la Compañía de Jesús bajo el gobierno de Pedro Arrupe en esta más amplia perspectiva de historia eclesiástica. «Esta tensión entre el carisma de la vida religiosa y la vigilancia más institucional de la Jerarquía ha sido permanente siempre en la Iglesia a lo largo de su Historia y ha sido la mayor parte de las veces fructuosa; pero esto se reconoce solamente más tarde».

Por consiguiente, las tensiones y conflictos son realidades que se manifiestan fructuosas. Evitar estos conflic-

tos es impedir la fecundidad. Ellacuría habla de «la mayoría de los casos». Con ello se indica que no todo conflicto es necesario ni fructuoso. Lo importante es que la fecundidad de los conflictos sólo se reconoce más tarde. Tal vez hoy estamos en mejores condiciones para reconocer la fecundidad de los conflictos que Pedro Arrupe tuvo que vivir con la jerarquía eclesiástica. Se inscriben en el difícil proceso de cambio del Concilio Vaticano II, según el cual lo viejo tenía que desaparecer para que pudiera surgir lo nuevo. El mismo Arrupe compara este proceso con los dolores de parto. Se remite a la palabra de Jesús: «Cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia, porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y es enteramente feliz por haber traído un niño al mundo» (Jn 16,21).

5 Universalidad



PEDRO Arrupe recibió, como regalo del astronauta americano Jim Novell, una foto que muestra la tierra desde el espacio y que él colgó en su despacho junto a un retrato de San Ignacio. Esta foto le recordaba dos cosas: «*Necesitamos una visión clara de los problemas locales y necesitamos también encuadrar esos problemas en una visión universal*». Estaba convencido de que sólo esta manera de mirar tiene verdadero futuro.

Esta doble manera de mirar se encuentra también en la contemplación de la Encarnación de los *Ejercicios*. Ignacio invita al ejercitante, primeramente, a entrar en la perspectiva de las tres divinas personas, que «miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres». En términos modernos, Ignacio toma una perspectiva global, que describe todavía más cerca en el segundo preámbulo, «composición viendo el lugar»: «aquí será ver la grande capacidad y redondez del mundo en la cual están tantas y tan diversas gentes».

En el segundo preámbulo de la Contemplación de la Encarnación, Ignacio deslumbra, por decirlo así, desde la perspectiva global, hablando de «la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea». Este cruce de perspectiva mundial y perspectiva local marca todo el resto del ejercicio. Ignacio parece haber sido muy consciente del peligro de perder de vista la concreta, pequeña realidad, sobre una visión amplia demasiado comprensiva. De la perspectiva mundial a la provincia: con esto se señala ya que la obra salvadora de Dios comienza en lo pequeño. A esto respondió la visión mundial de Arrupe. Lo recuerda con un principio del Movimiento por la Paz norteamericano: «Pensar globalmente, actuar localmente».

«Cuanto más universal, tanto más divino»

La internacionalidad fue regalada a la Compañía de Jesús, por así decirlo, en la cuna, desde sus comienzos. El grupo de amigos y estudiantes que rodeaban a Ignacio de Loyola en París procedía de diversos países de Europa. Lo que comenzó en un cuarto común de estudiantes en 1529 fue una de las mayores empresas globales de la Iglesia en la Edad Moderna, que ya empezaba a despuntar. La Compañía de Jesús fue europea en su origen, pero universal en su dinámica. Así, en las Constituciones de la Orden se di-

ce que «debemos estar siempre preparados para ponernos en camino a las diversas regiones del mundo».

Esta organización universal se funda en un importante principio de san Ignacio: «cuanto más universal, tanto más divino». Lo que en tiempos de globalización adquiere un nuevo significado estaba ya determinando la visión de Arrupe. Por eso anticipó muchos aspectos de lo que hoy se llama «globalización», en una alocución al poco de ser elegido como General de la Orden: *«Vemos que el mundo de hoy y el de mañana aspiran a una más estrecha unidad, y que muchos fenómenos van tomando un carácter cada vez más universal. Vemos también que nuestra Compañía, aunque pequeña, dispone de fuerzas relativamente significativas y, sobre todo, que por su naturaleza propia tiene la posibilidad y el deber de actuar como un único cuerpo. Nuestra vocación quiere que actuemos en unidad... Nuestro universalismo no consiste en que los Nuestros, aquí y allá y por todas partes, se ocupen de todo, sino en que todos nosotros colaboremos en una obra más universal, que exige una más apretada unidad.»*

Ignacio Ellacuría habla sobre «Universalismo como Perspectiva» en Arrupe. Se habría alegrado Arrupe, sin duda, de que los jesuitas, desde hace unos años, estuvieran representados en las cimas mundiales de las Naciones Unidas y de los Foros sociales del mundo en los que se busca organizar de una manera más justa la globalización. Aunque los resultados de estas organizaciones, por

regla general, se quedan mucho más atrás que las esperanzas y las necesidades, han aportado un avance en la conciencia de los problemas. Cuestiones económicas, sociales y ecológicas ya no pueden hoy seguir siendo consideradas y tratadas por separado. Los pobres son los primeros en sentir los efectos del calentamiento del planeta. Y, viceversa, la pobreza es el más peligroso veneno para el medio ambiente. Son necesarias ayudas al desarrollo, pero es mucho más importante una justa organización del mercado mundial. Arrupe fue pionero en estas cuestiones.

Inmensidad del sueño y singularidad del detalle

La creciente unificación de la humanidad fue también una importante visión del Concilio. En esta perspectiva describió a la Iglesia como «el sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano». Ésta fue una más amplia expresión de las nuevas relaciones Iglesia-mundo. La Iglesia ya no se comprendió a sí misma en contraposición al mundo, sino que se quiso a sí misma al servicio de la unión y la unidad del mundo. Con esto se abrió a las otras iglesias cristianas, a las otras religiones e incluso a los no-creyentes. Todo ello encontró su expresión hacia fuera en la Constitución pastoral del Concilio sobre la

Iglesia y el mundo de hoy, donde se exige una más justa organización del Orden institucional y una más intensa colaboración internacional.

Arrupe ve aquí a la Compañía de Jesús especialmente urgida en su universalidad y flexibilidad: «*Somos un cuerpo universal, compañeros de Jesús, ciudadanos del mundo, que rechazamos los provincialismos y nacionalismos estrechos. Esta visión universal y esta convicción de pertenecer a un cuerpo universal son de gran ayuda para evitar la introversión que limita los horizontes y agrava y multiplica los problemas*». También en las cuestiones que Arrupe plantea en una conferencia dirigida a la juventud, desempeña un papel importante la perspectiva universal: «*¿Te atrae lo universal? La evangelización no tiene fronteras. Los planes de Dios en Cristo son a escala de cosmos*». En este contexto hay que recordar, una vez más, el epitafio de san Ignacio, que Arrupe tradujo libre y creativamente: «*La singularidad de lo divino (lo propio de Dios) es reconciliar extremos: la inmensidad del sueño y la singularidad del detalle*».

En sus numerosos viajes conoció Arrupe el mundo como casi ningún otro. Sus análisis geopolíticos son testimonio de esta amplia visión. Ya en 1968 habló de que, a medio plazo, el dominio de los Estados Unidos sería relevado por el de Asia y, sobre todo, por China. Su gran esperanza era que China se abriese nuevamente al cristianismo. O, aunque no pueda hablarse todavía de liber-

tad religiosa, que se abrieran algunos espacios a las iglesias cristianas.

La universalidad como perspectiva iba conduciendo a Arrupe en su mirada sobre la historia. Con los modernos científicos de la Naturaleza, partió de los 20.000 millones de años de antigüedad del Cosmos. Si 20.000 millones se superponen en una línea de 20 kilómetros de longitud, corresponde un milímetro a un espacio temporal de 1.000 años. Esto quiere decir que dos milímetros señalan la historia de la fe cristiana y de la evangelización, frente a 20 kilómetros de desarrollo cósmico. En consecuencia, Arrupe se pregunta: «¿Sugieren estos datos que nos llamamos en el prólogo de una historia de la evangelización que apenas ha salido de sus albores?».

Un nuevo orden internacional

Continuamente preocupó a Arrupe el escándalo de que los hombres podrían crear un mundo más justo, pero no quieren hacerlo. Desigualdad e injusticia no son un destino fatal de la naturaleza, sino producto y responsabilidad del hombre. Por eso tiene que ser posible que los hombres las cambien. El antiguo Presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, le confirmó a Arrupe que el problema de la extrema pobreza era superable, pero que faltaba voluntad política para superarlo.

Es trágico que muchas cosas que Arrupe dijo hace treinta años sobre la situación del mundo sigan siendo verdad todavía hoy. Esto vale aproximadamente para el siguiente análisis: «*Yo no soy economista y, por tanto, no puedo discutir el valor de una u otra medida específica. Pero no es preciso ser economista para comprender que, por debajo de tecnicismos complicados, subyace una verdadera realidad humana. Dos tercios de los hombres de esta tierra no tienen alimentación, habitación, vestido, educación adecuada, ni casi la posibilidad de obtener estos derechos fundamentales, a menos que un nuevo orden internacional se instaure. Tampoco es necesario ser economista para comprender que este orden fundamentalmente nuevo se aplica no sólo a las relaciones entre las naciones, sino también a las condiciones crónicamente injustas dentro mismo de muchas naciones*». No hubo ninguna pregunta: una comunidad internacional que permite que un pequeño número de sus miembros disponga de la mayor parte de los recursos y deja a los otros en la más cruel miseria necesita un cambio radical.

La denuncia de la injusticia universal hecha por Arrupe fue, con el paso de los años, cada vez más profética. En el Congreso Eucarístico de Filadelfia, en 1976, denunció en su alocución «Hambre de pan y de Evangelio» la carrera de armamento frente al hambre como «*un escándalo intolerable, una vergüenza enorme, de la que las futuras generaciones nos atribuirán justamente la*

culpa». A esto hay que añadir que los gastos de rearme universal ascienden hoy a 900 mil millones de euros: algo así como ocho veces más de lo que los países ricos aportan en ayudas al desarrollo.

Arrupe se caracterizó a sí mismo con frecuencia como un optimista incorregible. Sin embargo, en 1977 dirigió una mirada pesimista hacia el futuro: *«Los ricos se habrán enriquecido más y los pobres serán más pobres; la diferencia numérica entre unos y otros y la diferencia cualitativa de sus niveles de vida se habrán agigantado. ¿Cuánto puede prolongarse este proceso?»*. Hoy vivimos en ese futuro. En 1980, con base en un informe del Banco Mundial, vaticinó que, incluso desde unas previsiones optimistas sobre el desarrollo económico, al final del siglo XX 600 millones de seres humanos vivirían en absoluta pobreza. Hoy son más de 1.300 millones los que tienen que sobrevivir con menos de un dólar por día.

Proféticamente puso en la picota a la sociedad de consumo, cuyo objetivo decidido es abrir y ensanchar mercados y obtener beneficios. Así caracterizó, mucho antes de que sucediera, el modelo hoy dominante de globalización neoliberal. Igualmente, criticó el abuso que el hombre ejerce sobre la naturaleza y llamó la atención sobre los límites de los recursos humanos. Estaba convencido de que los problemas globales exigen soluciones globales. Por eso buscó contactar con organizaciones interna-

cionales y mantuvo relaciones con el entonces Secretario de las Naciones Unidas, U Thant.

Ininterrumpidamente actual es su crítica a las Conferencias internacionales que se ocupan de estas cuestiones, pero que por regla general sólo llegan a resultados mínimos. Estas Conferencias hacen diagnósticos verdaderamente acertados, pero no dan el paso a la terapia: *«En términos claros, y con el cada vez más importante apoyo de los hechos, estas Conferencias nos recuerdan que nuestro mundo actual está enfermo, que es necesario tomar medidas drásticas para curarlo, que es preciso un nuevo orden internacional»*.

Los problemas del desarrollo no son, ante todo, de naturaleza económica y son demasiado importantes como para confiárselos exclusivamente a Gobiernos y a especialistas. En el prólogo de Willy Brandt a un informe de la Nord-Sud-Kommission encontró Arrupe expresada la esencia del problema: *«Las nuevas generaciones del mundo necesitan algo más que soluciones económicas; necesitan ideas inspiradoras, esperanzas que les animen, y ver que se dan los primeros pasos para realizarlas. Necesitan creer en el hombre, en la dignidad humana, en los derechos humanos fundamentales; fe en los valores de la justicia, la libertad, la paz, el respeto mutuo, el amor, la generosidad, y fe en la primacía de la razón sobre la fuerza»*. Para Arrupe estas palabras son maravillosas; pero en las siguientes 300 páginas del informe no hay ni rastro de ellas.

Para una verdadera solución de los problemas es necesaria una toma de conciencia fundamental y un cambio de valores. Arrupe lo analizó con agudeza: *«La actual situación amenazadora del mundo hay que retrotraerla, en gran parte, al hecho de que en nuestro tiempo el progreso técnico y el desarrollo de la civilización van más rápidos que el desarrollo de las fuerzas morales y éticas del hombre»*. Por eso considera que la principal tarea es reforzar y conjuntar las fuerzas éticas. Su credo es muy simple: *«El mal sólo se vence con el bien, el odio con el amor, y el egoísmo con la generosidad; todo ello es necesario en este concreto mundo para implantar la justicia»*.

Como haría más tarde el Papa Juan Pablo II, impulsó una globalización de la solidaridad: *«Sabemos que el clamor humano pidiendo libertad y posesión de sí mismo ya no tendría que ser una utopía, sino que podría aproximarse a su realización. Y sabemos, asimismo, que la solidaridad de los hombres y la unidad del mundo representan la única posibilidad real de asegurar la paz y el bienestar»*. Frente al «homo consumens» pone él al «homo serviens», el hombre servidor.

Arrupe estaba convencido de que la dimensión trascendente de la fe es irrenunciable en las estrategias de cambio. La aportación de la Iglesia no reside, según él, en el plano del poder, sino en el del servicio. En fidelidad al camino de Cristo, debe dar testimonio del amor. La más profunda convicción de Arrupe es que el mundo ne-

cesita un inmenso movimiento de amor. La consecuencia última de esto puede ser la entrega de la propia vida: *«Amar a los otros, dispuestos a dar la vida por ellos. Estas pocas palabras contienen la clave para la solución de muchos problemas personales y mundiales»*.

Una civilización de la austeridad

Arrupe tenía muy claro que la crisis social y ecológica del mundo sólo podía solucionarse con un nuevo modelo de civilización. Su utopía era una «sociedad de la austeridad». Austeridad y un modesto nivel de vida son una cuestión de supervivencia para la humanidad. No se trata con ello de una renuncia que haga rechinar los dientes, sino del descubrimiento de que limitaciones voluntarias enriquecen y pueden hacer feliz.

Arrupe se encontró aquí con la visión de una civilización de la pobreza como la había esbozado Ignacio Ellacuría poco antes de ser asesinado en 1989. En ella acentúa Ignacio que las soluciones que ofrecen los países ricos a los problemas del mundo, ya sólo por esto no pueden ser verdaderas soluciones, porque no son universalizables. Es simplemente imposible que los países pobres del sur se aproximen siquiera a vivir de manera parecida a como viven los países ricos del norte. Faltan para ello los recursos naturales, y ecológicamente esto conduciría

al colapso global. Solamente puede ser tomado como modelo un proyecto de ordenamiento mundial universalizable. Por eso clamaba Ignacio Ellacuría por una civilización mundial de la pobreza, por una civilización de la austeridad compartida. La civilización de la pobreza «hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas el principio del desarrollo, y del crecimiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización».

Desde este punto de vista, las órdenes religiosas y los votos adquieren una actualidad totalmente nueva. Sin limitaciones voluntarias no hay ningún futuro: *«El mejor servicio, que los religiosos pueden hacer hoy a la humanidad es dar irrefutable testimonio anticonsumista con una vida austera y frugal, y ofreciendo al mundo en nuestra propia persona esa interpretación del Evangelio auténtica y liberadora por la que están suspirando. Austeridad a la que el mundo, si quiere sobrevivir, ha de llegar necesariamente».*

Crece en la actualidad la conciencia sobre las amenazadoras consecuencias del calentamiento de la Tierra y sobre la necesidad de cambios radicales en los modelos de producción y consumo. El escritor Carl Amery, fallecido en 2005, ha establecido en su último libro, *Global Exit*, la siguiente conexión: es de prever que el mundo de la vida, tal como nosotros lo conocemos y habitamos, en el curso del nuevo milenio quebrará y será inhabitable; es de prever que las iglesias de la cristiandad muy pronto se

hundirán en una completa carencia de significado. Estos dos panoramas, conjuntados y reflejándose el uno en el otro, dan a luz una potente oportunidad. Amery quiso expresar con esto que de la fe cristiana y de las iglesias podrían provenir potencialidades de cambio para salvar el amenazado planeta Tierra.

Arrupe se habría adherido a este punto de vista. Una y otra vez habló de la necesidad de «salvar el planeta». La salvación cristiana incluye justicia, paz y defensa de la creación. «Otro mundo es posible», reza el slogan de los foros sociales mundiales. Para ello se necesitan muchos pequeños pasos concretos individuales, pero también una visión global y un movimiento mundial. En esta línea, Arrupe confió en los jesuitas y en los hombres y mujeres vinculados a los jesuitas en Comunidades de Vida Cristiana, colegios y universidades, voluntariados y demás... Son varios millones de hombres. ¿Sería posible que todos ellos se pusieran de acuerdo, en el sentido de comprometerse mediante estatutos que permitiesen concretar la visión de Arrupe de una sociedad de la frugalidad? ¿No podrían desarrollar un fuerza política que obligara a los responsables de las decisiones (a los gobernantes) a cambiar los impuestos? Erich Fried lo ha formulado certeramente en una poesía: «El que quiere que este mundo permanezca como está no quiere que permanezca».

El corazón espiritual de Pedro Arrupe



Jesucristo

MODELO y norte para Pedro Arrupe es Jesucristo, que fue haciéndose su confidente permanente por medio de los *Ejercicios*. Conocer internamente a Cristo, amarlo cada vez más y seguirlo es el programa espiritual de los *Ejercicios*. En una entrevista concedida a la televisión, a la pregunta de quién era para él Jesucristo, respondió Arrupe con total espontaneidad, y entusiasmo: «*Para mí, Jesucristo es todo... Quítame a Jesucristo de mi vida, y se me desploma todo, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, la cabeza y el corazón*».

Continuamente vuelve Arrupe a citar el pasaje de los *Ejercicios* en el que Ignacio describe a Cristo como «nuestro modelo y nuestra regla». En este sentido, la Compañía de Jesús es la configuración institucional de los *Ejercicios*. El seguimiento de Jesús tiene siempre en

la espiritualidad ignaciana una dimensión apostólica. Cristo no debe ser sólo «meditado», sino que reta a obrar hacia fuera. Llama a la praxis del seguimiento. Se trata de colaborar en la obra de salvación de Dios en el mundo. «Hagamos redención», dicen sobria y vigorosamente las tres divinas Personas ante las miserias del mundo, en la contemplación de La Encarnación. Ésa es la vocación del jesuita: colaborar en el proyecto de salvación de Dios. En una carta sobre la formación espiritual describe Arrupe la imagen del jesuita: «...*desea sólo estar unido a Cristo y trabajar juntamente con Él por la salvación del mundo... Para nosotros, jesuitas, Cristo es a la vez modelo, camino, forma y fuerza de vida; y en concreto el Cristo pobre, el Dios que sirve al Padre hasta la entrega de sí mismo*».

Profundamente convencido de que Jesucristo también hoy está presente en el mundo, pide Arrupe desarrollar un cierto olfato sobrenatural para percibir dónde está y dónde no está el Señor. Un lugar preferente de encuentro con Cristo es para él la Eucaristía. La celebración de la santa Misa es el centro de su vida. Temprano, en la mañana, celebra en su «catedral» —una pequeña capilla privada—, sentado al estilo oriental. Sus misas contemplativas podían, a veces, durar dos horas. Luego participaba todavía en la misa de los Hermanos en la Curia. Su devoción —así lo testimonia un hermano— era la de un santo. En la Eucaristía encuentra al Cristo viviente entre no-

sotros. No puede imaginarse un día sin celebración de la Eucaristía. En este contexto, alguna vez llegó a mostrarse hasta vehemente: para él son ininteligibles las ideas de ciertas personas que se distancian de la misa y la comunión y pretenden justificarlo teológicamente: «*Me gustaría ver a san Ignacio, si oyese semejante disparate...!*».

Otro lugar en el que el Señor nos espera son los más pobres, los perseguidos, los marginados. Jesús se ha hecho uno con ellos. Así lo afirma en la gran alocución del Juicio: «Lo que habéis hecho con uno de mis pequeños hermanos lo habéis hecho conmigo» (Mt 25,40). Ignacio pone en el centro de los Ejercicios al Jesús «pobre y humilde». Con esto, la opción por los pobres y la lucha por la fe y la justicia están cristológicamente fundamentadas.

Un conmovedor testimonio de la unión de Arrupe con Cristo es la «Oración a Cristo nuestro modelo», al final de su conferencia sobre «El modo nuestro de proceder», en 1979. Esta oración, completamente en línea con los Ejercicios, es un diálogo con Cristo... «como habla un amigo con otro amigo»: «*Tu Evangelio muestra aquella tu manera varonil, dura para contigo mismo, con privaciones y trabajos; pero para con los demás llena de bondad y amor y de deseos de servirles*». Sin pretenderlo, Arrupe se ha descrito aquí a sí mismo.

Unión de contrarios

La espiritualidad ignaciana se tensa dialécticamente entre pares de contrarios que Arrupe ha descrito así: «*Ora-ción y acción; entrega a la perfección propia y a la de los prójimos; uso de medios sobrenaturales y humanos; plu-ralismo y unidad; esfuerzo propio y dependencia de Dios; pobreza y disposición sobre los medios más efica-ces; misión a nivel local y universalidad*». El principio de unidad, que mantiene estos contrarios en tensión fe-cunda, es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, en quien la naturaleza divina y la humana están unidas sin mezcla y sin separación.

En su homilía con ocasión de celebrar los 50 años de pertenencia a la Compañía, Arrupe menciona, junto a Abraham y San Pablo, a San Francisco Javier como figu-ra de *leader* espiritual. Para Francisco Javier, la verdade-ra fuente de tanta energía apostólica fue su confianza en Dios: «*El hombre tendrá menos fuerza cuanto más con-fíe en sí mismo y en sus propias fuerzas*». Lo cual evoca una máxima atribuida a Ignacio de Loyola: «Confía de tal manera en Dios como si el éxito dependiera de tu tra-bajo y no de Él; pero aplícate a ello con toda tu alma, co-mo si Dios hubiera de realizarlo todo, y tú nada». Ignacio ha cruzado dialécticamente, una dentro de la otra, con-fianza en Dios y puesta en acción de las propias capaci-dades. En la actuación de mis propias capacidades y po-

sibilidades debo mantenerme siempre consciente de que, finalmente, el éxito depende de Dios; y en la máxima confianza en Dios no debo olvidar el cooperar yo mismo según mis fuerzas. Pierre Teilhard de Chardin ha descri-to certeramente esta actitud fundamental como «sereni-dad comprometida». Brevemente, se podría también pa-rafra-sear esta actitud: Me toca a mí; pero no depende de mí. Yo no tengo que salvar al mundo. Pero Dios me invi-ta a que coopere con Él en la construcción de su Reino en el mundo.

Esto vale también para la recíproca relación entre fe y justicia. La lucha por la justicia fluye inmediatamente de la fe. Con todo, la fe cristiana añade algo decisivo a este compromiso. «*Intentar resolver los problemas gravísi-mos de esta época con soluciones económicas, tecnoló-gicas o políticas de las que esté ausente la fe, sostenida por la caridad, es acumular obras sobre obras, pero no "sicut oportet" (no como conviene). Tales soluciones, en el mejor de los casos, resuelven o mitigan los niveles cor-ticales del problema, pero dejan intacto el núcleo: no lle-gan al fondo del hombre, al reconocimiento de sus más profundos valores, cuya falta de desarrollo o cuya nega-ción es el origen de los problemas*». Por medio de la fe se añade la dimensión espiritual de la confianza en Dios

De estas relaciones de tensión surge la máxima efica-cia apostólica. Es fundamental para ello mantener la ten-sión, no disolverla. Si el peso se desplaza hacia un lado,

es preciso acentuar el otro. En lenguaje ignaciano, esto se llama *agere contra*. En los últimos años como Superior General, percibe Arrupe en la Compañía de Jesús el peligro de un activismo por el que la oración y el arraigo en Dios se quedan demasiado cortos. Al final de la Congregación de Procuradores de 1980, acentúa la necesidad de una sólida vida espiritual: «*Es necesaria más oración, una personal, profunda, larga oración*». También pueden ayudar a ello formas comunitarias de oración.

En su última y agitada charla a los colaboradores del Servicio Jesuita a Refugiados en Tailandia, un día antes de su ataque de apoplejía, acentúa la vertiente contemplativa: «*¡No perdáis el ánimo, por favor! Os diré una cosa, y no la olvidéis: orad, orad, mucho. Estos problemas no se resuelven a base de esfuerzos humanos. Os estoy diciendo algo que quisiera subrayar. Se trata de un mensaje –quizá sea mi canto de cisne– para la Compañía de Jesús. Si estamos en la primera línea de un nuevo apostolado de la Compañía, necesitamos ser iluminados por el Espíritu Santo. Es necesaria una unidad fundamental en el Espíritu para un nuevo apostolado que está naciendo. Estamos pasando dolores de parto antes de que este apostolado nazca*».

La gracia de la inseguridad

Tal vez el legado espiritual más importante de Arrupe se contiene en esta frase: «*El Señor nunca nos estuvo tan cerca, porque nosotros nunca estuvimos tan inseguros*». A primera vista, la conexión no es evidente. ¿Cómo puede la inseguridad significar una mayor cercanía a Jesucristo? ¿No libera su cercanía del miedo y la inseguridad? «Señor, quédate con nosotros, pues se está haciendo tarde», dicen los discípulos de Emaus al desconocido extranjero tras el que se oculta el Señor.

Para comprender esta frase es importante tener en cuenta el *Sitz im Leben* (contexto existencial, situación vital). Arrupe la había pronunciado por primera vez en una celebración eucarística en un barrio pobre de Latinoamérica. Tenía cercano el siguiente recuerdo: «*En esta inseguridad por el lado de los condicionamientos materiales, pero también por parte de la situación inestable del creyente, hemos vivido la presencia del Señor, hemos vivido una seguridad que Pablo volvería hoy a llamar “necedad”*».

La alusión a Pablo remite a la Primera Carta a los Corintios, donde el apóstol describe el mensaje de la cruz como locura para los sabios de este mundo, pero como fuerza de Dios para los creyentes. «Nosotros anunciamos a Cristo crucificado. Este Cristo es para los judíos una piedra en que tropiezan, y para los griegos cosa de locos»

(1 Co 1,23). Es interesante cómo Pablo resalta aquí el origen social de las comunidades cristianas: «Basta con que os fijéis en cómo se ha realizado ahí el llamamiento de Dios: cómo no abundan entre vosotros los considerados sabios por el mundo, ni los poderosos, ni los aristócratas. Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo tiene por necio para poner en ridículo a los que se creen sabios, y lo que el mundo tiene por débil para poner en ridículo a los que se creen fuertes» (1 Co 1,26ss). No es casual que los cristianos provengan de las clases bajas, sino que está en conexión con el plan de salvación de Dios: «Dios ha escogido lo humilde y lo despreciable del mundo, lo que no es nada, para anular lo que es algo» (1 Co 1,28).

La teología latinoamericana de la liberación ha descubierto de nuevo el significado clave de la pobreza en la historia cristiana de la salvación. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, estimado justamente como padre de la teología de la liberación, introdujo una importante diferenciación en la comprensión de la pobreza. Distingue entre pobreza como carencia injusta y pobreza como infancia espiritual. La pobreza que escatima a los hombres lo necesario para la vida tiene que ser combatida y vencida. La pobreza como experiencia de debilidad y dependencia ante Dios es, por el contrario, una virtud espiritual. Entre ambas formas de pobreza existe una conexión. La pobreza material puede conducir mejor a la pobreza

de infancia espiritual delante de Dios. En este sentido han de ser entendidas las bienaventuranzas y la llamada de Jesús: «Bienaventurados los pobres, pues a vosotros pertenece el Reino de Dios... Pero ¡ay, de vosotros, los ricos, porque ya no tenéis que esperar ningún consuelo más! (Lc 6,20.24).

Pedro Arrupe tenía un olfato infalible (sensibilidad certera) en el sentido de que en la cuestión de la pobreza se jugaba el destino de la fe cristiana. Desde aquí se le aclara también por qué Ignacio de Loyola prestó tan gran atención a la reglamentación de la pobreza en la Orden. Así emerge la dialéctica entre la cercanía de Dios y la inseguridad, también en una alocución de Arrupe a los jesuitas italianos sobre la sencillez de vida. Cita de una carta de san Ignacio: «A nosotros es vía (para reformar su universal Iglesia) más segura y más debida procediendo cuanto más desnudos pudiéramos en el Señor nuestro, según que Él mismo nos da ejemplo». Arrupe comenta esta afirmación: *«De la gran inseguridad humana resulta la incommovible seguridad en Dios. Y la pobreza nos prepara a vivir la caridad, ya que la verdadera pobreza hace al hombre capaz de dar por el prójimo no sólo lo que tiene, sino también lo que es».*

Tocamos aquí el corazón de la espiritualidad de Arrupe. La inseguridad humana es un presupuesto para la experiencia de la seguridad en Dios. Pobreza significa inseguridad. Por eso la inseguridad facilita una experiencia

de la cercanía de Dios. Pero la pobreza capacita también al hombre para ser «Hombre para los demás»; no sólo para dar lo que tiene, sino también lo que es, para entregarse a sí mismo. Este amor-entrega llega a la perfección en la entrega de la propia vida: «Nadie ama más que quien da la vida por sus amigos».

De ahí se derivan consecuencias para la Iglesia, la cual, en su servicio, no puede aliarse con el poder, sino recorrer el camino de Jesús: camino de despojo (desposeimiento) y de entrega. El poder destruye la credibilidad del testigo. Sólo es creíble el testimonio del amor hasta la entrega de la vida. Por eso afirma Arrupe que para los cristianos el convencimiento de la propia impotencia es indispensable. Esta impotencia se muestra en la solidaridad con quienes no tienen poder alguno.

La experiencia de dependencia y de impotencia fue cada vez más fuerte para Arrupe en los años de su enfermedad. Sus palabras fueron cada vez menos. Al final sólo le quedó decir: «*Soy un pobre hombre*». Esta constante minusvalorarse a sí mismo se unió a una misteriosa irradiación. También durante los años de su enfermedad y de la progresiva pérdida de sus facultades naturales, no se redujo el número de visitantes. Quienes vieron a Arrupe en aquellas circunstancias sintieron algo del misterio de Dios en su humana pobreza.

Con ayuda de sus consejeros, formuló en las semanas previas a la Congregación General 33 su testamento per-

sonal y espiritual para la Compañía de Jesús. No pudo leerlo él mismo, pero sí estuvo presente en el aula de la Congregación cuando el Provincial de España, Ignacio Iglesias, leyó el texto: «*Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida desde joven. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia*». Su único ideal en los 18 años como Superior General de la Compañía de Jesús fue servir al Señor y a su Iglesia con todo el corazón. «*Ciertamente también habré habido deficiencias –las mías en primer lugar–, pero el hecho es que ha habido grandes progresos en la conversión personal, en el apostolado, en la atención a los pobres y a los refugiados*». Evoca especialmente la actitud de lealtad y de obediencia en los últimos años ante la Iglesia y el Papa. Ofrece al Señor por la Compañía el resto de su vida y los padecimientos anejos a la enfermedad. Y, desde lo más profundo de su corazón, formula la oración de entrega de los Ejercicios, que durante su enfermedad se cumplió progresivamente en él: «*Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta*».

Bibliografía escogida



- ARRUPE, Pedro, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981.
- *Unser Zeugnis muß glaubwürdig sein. Ein Jesuit zu den Problemen von Kirche und Welt am Ende des 20. Jahrhunderts* (con un prólogo de Karl Rahner), Ostfildern 1981.
- *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 1982.
- *En Él solo la esperanza*, Mensajero, Bilbao 1973.
- *Este Japón increíble*, Mensajero, Bilbao 1991.
- ALCOVER, Norberto (ed.), *Pedro Arrupe. Memoria siempre viva*, Mensajero, Bilbao 2001
- CALVEZ, Jean-Yves, *Le père Arrupe. L'Église après le Concile*, Paris 1997.
- *Fe y justicia. La dimensión social de la evangelización*, Sal Terrae, Santander 1985.

- GARCÍA, José Antonio (Ed.), *Orar con el Padre Arrupe*, Mensajero, Bilbao 2007.
- LA BELLA, Gianni (ed.), *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 2007.
- LAMET, Pedro Miguel, *Arrupe. Un profeta para el siglo XXI*, Madrid 2002 (2ª ed.).
- *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, Temas de Hoy, Madrid 1989.